ISSN: 1659-2220

NÚMERO ESPECIAL
AÑO 12 • 2017

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

DOSSIER
RUBÉN DARÍO EN COSTA RICA

TERCERA ÉPOCA



SAN JOSÉ, COSTA RICA



La Academia Costarricense de la Lengua
agradece a la Editorial de la Universidad de Costa Rica
la publicación del presente boletín.

Nómina de la Academia Costarricense de la Lengua

D. Daniel Gallegos Troyo

D. Arnoldo Mora Rodríguez

D. Rafael Ángel Herra Rodríguez

D.ª Estrella Cartín de Guier (Presidenta)

D. Miguel Ángel Quesada Pacheco

D.ª Emilia Macaya Trejos

D. Laureano Albán Rivas

D. Carlos Francisco Monge Meza

D.ª Amalia Chaverri Fonseca

D.ª Julieta Dobles Yzaguirre

D. Jorge Sáenz Carbonell

D. Armando Vargas Araya

D.ª Flora Ovares Ramírez

D.ª Marilyn Echeverría de Sauter

D. Mario Portilla Chaves (Secretario)

D. Víctor Manuel Sánchez Corrales (Tesorero)

D.ª Mía Gallegos Domínguez

D. Albino Chacón Gutiérrez

D.ª Carla V. Jara Murillo

D. Carlos Rubio Torres

Miembros Honorarios

D. Juan Durán Luzio

D. Víctor Hurtado Oviedo

D. Abel Pacheco de la Espriella

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua
ISSN: 1659-2220 / Año 12, 2017

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

Dossier
Rubén Darío en Costa Rica

Presentación

Cuatro estudios contemporáneos

Páginas de Costa Rica sobre Rubén Darío

PRESENTACIÓN

Carlos Francisco Monge

Durante 2016 se conmemoraron tres significativas efemérides del mundo literario: el cuadrigentésimo aniversario de la muerte del novelista universal Miguel de Cervantes, el centenario de la muerte del gran poeta de la lengua española, el hispanoamericano Rubén Darío y el centenario del nacimiento de la insigne novelista costarricense Yolanda Oreamuno. La Academia Costarricense de la Lengua dedicó sendas actividades, a lo largo del año, a cada uno de tan significativos acontecimientos.

Este número del *Boletín* de nuestra corporación incluye el presente dossier, cuyas páginas se dedican a las relaciones entre el poeta nicaragüense y Costa Rica. En una primera sección figuran estudios contemporáneos sobre diversos aspectos de la obra y de la biografía darianas relacionadas con el entorno literario y social de nuestro país; una segunda sección recupera páginas difíciles de localizar o casi desconocidas, de escritores costarricenses que conocieron y trataron directamente al poeta, o bien que lo tuvieron como uno de sus poetas modélicos y, por tanto, admirados. La tercera sección le da la palabra al propio Rubén Darío, quien en no pocas ocasiones dedicó su pluma a referirse, siempre con generosidad y afecto, a Costa Rica, que lo adoptó durante algunos meses, cuando era un joven de 25 años.

La Academia Costarricense de la Lengua quiere cumplir, con esta entrega de su Boletín, con un homenaje a la figura intelectual y literaria, y a su inconmensurable obra, de una vigencia poderosa como pocas en la lengua española y en las letras del siglo XX.

Cuatro estudios contemporáneos

RUBÉN DARÍO EN LAS LETRAS COSTARRICENSES

Carlos Francisco Monge

Con motivo del segundo centenario de Darío —el primero lo conmemoró en Costa Rica una buena generación de profesores, críticos y poetas en 1967— vale la pena preguntarse de qué manera estuvo y está el poeta nicaragüense en la mente de sus lectores y en las letras costarricenses. Darío fue un hombre trashumante durante toda su vida, relativamente corta. A sus veinticuatro años, obligado por los avatares políticos de nuestra historia centroamericana, llegó algo apresurado a tierras costarricenses, y permaneció aquí cerca de nueve meses, entre agosto de 1891 y mayo de 1892. Seguramente no fue una etapa decisiva en su vida, aunque siempre le guardó afecto al vecino país que le ofreció hospitalidad y un poco de trabajo para vivir.

Por lo que dicen sus biógrafos, se granjeó amistades, admiración y devoción entre los jóvenes letrados costarricenses de entonces. Lo trataron personalmente o por correspondencia Manuel María de Peralta, Pío Víquez, Rogelio Fernández Güell, Rafael Ángel Troyo, Aquileo J. Echeverría, Justo A. Facio, Ricardo Fernández Guardia, Ricardo Jiménez, Luis Rafael Flores, Roberto Brenes Mesén. Pasó unos días en casa de Flores, en la pequeña y levítica ciudad de Heredia, cuyo torreón de piedra y ladrillo se libró de la demolición gracias a unas palabras suyas. Lector asiduo, cuidadoso y persistente, leyó por su cuenta páginas de Juan Diego Braun (nuestro poeta decimonónico de brevísima existencia), de Jiménez, de Echeverría, de Brenes Mesén, de Lisímaco Chavarría, de Alfaro Cooper, sobre lo que volveré más adelante. La noticia de su fallecimiento en la tierra natal hizo que la admiración se convirtiese en una idolatría que trazó muchos senderos, todavía visibles, si bien borrosos, en las letras nacionales.

A punto de cumplir sus 50 años, Darío en 1916 era una celebridad, dueño de una extensa, variada e impresionante obra literaria, y maestro de multitudes de poetas hispanoamericanos. En San José, la revista *Athenea* le dedicó en 1917 un número casi completo, donde se incluye uno de los más tempranos estudios sobre el legado literario dariano; lo escribió Brenes Mesén, entre los notables modernistas costarricenses[1]. Dos años después, Teodoro Picado recogió en dos tomos numerosas páginas del nicaragüense: *Rubén Darío en Costa Rica*, el primero de su clase[2]. Con su desaparición física, Darío pasó de ser un ciudadano escritor a un cosmos poético. Conviene señalar que hay una diferencia nada despreciable entre la figura de Darío como escritor y su influencia en las letras nacionales, y la de otros nombres célebres de las letras; para aquellos coetáneos suyos, el poeta nicaragüense fue un personaje, pero también una persona; es decir, un individuo con el que se departía, se le oían sus comentarios y opiniones, se asistía con él —o por él— a veladas, ceremonias, caminatas nocturnas por la ciudad, y hasta ratos de ocio en alguna taberna de barrio. Son pocos los casos comparables en Costa Rica, porque nadie pudo saber cómo eran, hablaban o gesticulaban Ramón de Campoamor, Benito Pérez Galdós o León Tolstoi, vistas entonces como figuras de estatura universal. Por crónicas de la época, no hay duda de que Darío marcó la vida y la personalidad de algunos de nuestros escritores «clásicos» (es decir, los fundadores de nuestras letras), porque los trató, seguramente aconsejó esto o aquello, les concedió palabras de aliento, vitales por venir de quien era. Para Justo A. Facio, Ricardo Fernández Guardia, Luis Rafael Flores, Roberto Brenes Mesén o Aquileo J. Echeverría, fue una experiencia personal indeleble.

Con la partida del poeta, en 1892, de Costa Rica, y sobre todo desde 1916, su cuerpo y su voz se transformaron en tinta y, simbólicamente, en la sombra de un árbol frondoso, donde muchos buscaron

1 Roberto Brenes Mesén, «Rubén Darío», *Athenea*, X, 3-4 (1 de noviembre de 1917): 76-81.

2 Teodoro Picado, ed. *Rubén Darío en Costa Rica* (San José: Imprenta Alsina, 1919, 1920). Dos tomos.

cobijo y protección. El escritor y su poesía se empezaron a fundir en un solo universo, que sirvió de fuente nutricia para la obra de los amigos cercanos, y en consecuencia para la poesía costarricense. Por decirlo de algún modo, Justo A. Facio, Pío Víquez, Lisímaco Chavarría, Rogelio Sotela, José Albertazzi Avendaño y Brenes Mesén fueron sus mejores discípulos. La fiebre del modernismo —de extensa duración y difícil erradicación— se debió en Costa Rica a que giró principalmente en torno a Darío, y solo tangencialmente a otras voces de entonces, sonoras y ejemplares, como las de Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva o Leopoldo Lugones. En algunos casos, arraigó con flores exóticas; en otros, las plantas nacieron del germen propio y se acicalaron con aromas traídos de lejos por los vientos. Porque el modernismo en Costa Rica (no existe un modernismo *costarricense*) es, como en otros países, bifronte; el que hunde los pies en el terruño y el que mira los arreboles de la lejanía. Por ello, Brenes Mesén es el más modernista de los poetas costarricenses, mientras Lisímaco Chavarría es el más costarricense de los poetas modernistas.

El torrente impetuoso del modernismo se había precipitado por los cauces de las letras hispanoamericanas, y los poetas que aparecieron varios decenios después también chapotearon en la crecida. Aparte de la obra de nuestros poetas modernistas —por época, por formación y por estética, como Rogelio Sotela, Rafael Cardona o Agustín Luján, todavía hoy el gran desconocido y olvidado, no hay duda de que la poesía de José Basileo Acuña, la de Alfredo Cardona Peña, la de Julián Marchena, o la prosa de Blanca Milanés, de Carlos Gagini o de Claudio González Rucavado, incluso el estilo impresionista de Carlos Salazar Herrera, se vieron estremecidas por aquel aluvión de estética, de temas y de impostaciones para representar o imaginar la realidad. Quedan todavía por analizar con detenimiento los buenos años que sucedieron a la efusión modernista, que los historiadores literarios han denominado posmodernismo: la vuelta a los escenarios de la aldea, montañas, ríos y mares patrios, el espacio familiar y pueblerino. En Costa Rica lo desarrollaron con tino Asdrúbal Villalobos, Clara Diana, Julián Marchena, Rafael Estrada y Blanca Milanés. Fue una tendencia ya en germen dentro del modernismo,

y no tuvo sino que esperar algunos años para que la cosecha fuese rica y abundante. Además, gozó de acogida porque lucía menos artificiosa, más sobria y cordial.

Del modernismo dariano quedaron algunas formas, ciertas referencias culturales —o culturalistas— y una tendencia a la fantasía verbal, lúdica e indeterminada. Y esto llega hasta bien avanzado el siglo xx, como lo prueba el ejercicio poético de un poeta, nada sospechoso de modernista, como Carlos Rafael Duverrán, en cuyos breves libros *Lujosa lejanía* (1958), *Poemas del corazón hecho verano* (1963) y *Redención del día* (1971), se oyen los lejanos pero innegables ecos de la impostación poética que inventó el nicaragüense. Entretanto, ocurrió lo inevitable: sus poemas —su obra en prosa es historia aparte— se tornaron modelos y moldes para escribir sobre lo que fuese: un cuerpo, un paisaje, una leyenda o cualquier otra quimera. La herencia que Darío dejó fue un ejercicio literario; es decir, una idea de cómo hacer y leer poesía. Primero el ciudadano y luego aquella sombra que se extendió sobre la ciudad de las letras, se empezaron a institucionalizar. Sus poemas (¡tan solo unos pocos, además!) fueron arrojados a los manuales de literatura, a los florilegios para aprender a recitar y, finalmente, a los programas de enseñanza de la lengua.

La figura de Darío permaneció en el imaginario de literatos y lectores, y estos últimos de todas las edades. En una entrega de 1941 de la revista *Repertorio Americano* se incluyeron unas páginas biográficas, del historiador Carlos Jinesta, «Rubén Darío en Costa Rica», que unos años después, ya ampliadas, publicó en México[3]. Los poetas de las sucesivas generaciones, desde 1950, tuvieron en aquel poeta un magnífico ejemplo del escritor grande, porque ya era canónico, escribió en español y era una especie de amigo cercano, de vecino por su origen centroamericano. Aun los experimentalistas que publicaron sus primeras obras durante la década de 1950, muy adeptos a

---

3 Carlos Jinesta, «Rubén Darío en Costa Rica», *Repertorio Americano*, xxxviii, 9 (1941): 129 y 138. La versión ampliada es *Rubén Darío en Costa Rica: loanza* (México: s.p.i, 1944).

las corrientes vanguardistas (el surrealismo y sus derivaciones), como Isaac Felipe Azofeifa, Mario Picado, Ana Antillón, Jorge Charpentier o Virginia Grütter, le guardaron respeto a la obra y a su autor[4]. Varios de ellos, además, se dedicaron a la docencia y cumplieron su papel pedagógico con generosidad y respeto a la historia y a la crítica literaria. Los niños y adolescentes se alimentaron de los versos darianos, aunque con las obligadas limitaciones, puesto que solo llegaron a los oídos y a los manuales unos pocos poemas, por su valor moral o su atractivo temático: «Los motivos del lobo», «Sonatina», «Lo fatal», «Canción de otoño en primavera», «Caupolicán», y unos cuantos más. Fue una carencia explicable pero apenas tolerable, porque redujeron la obra de Darío a unas estrofas de fácil declamación.

El año 1967 fue, desde el punto de vista literario, muy interesante en la literatura costarricense, porque confluyeron diversas circunstancias. Aparte de haberse destinado a la conmemoración del primer centenario de Darío, aparecieron libros de poesía, de distintas generaciones, que con el tiempo demostraron su significado y valor. Dos poetas «mayores», Carlomagno Araya e Isaac Felipe Azofeifa, publicaron sendas obras de madurez: *Itabo* y *Estaciones*, respectivamente. Una generación intermedia, de jóvenes treintañeros, también entró en liza: Mario Picado con *Serena longitud*; Jorge Charpentier con *Rítmico salitre*, Carlos Rafael Duverrán con *Vendaval de tu nombre*, Carmen Naranjo con *Misa a oscuras*. Finalmente, aparecieron las obras inaugurales de una naciente generación, a la sazón veinteañera, que refrescaría mucho la lírica costarricense: Jorge Debravo, con *Canciones cotidianas*; Laureano Albán con *Este hombre*; Alfonso Chase con *Árbol del tiempo*, Rodrigo Quirós con *Después de nacer*; Germán Salas con *A la luz del silencio*. Fallecieron, con todo el simbolismo que pudiera tener ello, tres notables y reconocidos poetas: José Albertazzi Avendaño, Hernán

4 Con cierta sorpresa, y gracias al reciente estudio de Evelyn Araya Fonseca, *Jorge Debravo, la poética del amor* (Universidad de Costa Rica, 2015), me entero de que Debravo, entonces un joven y desconocido de 18 años, publicó en un pequeño periódico de provincia, un «Tríptico a la memoria de Rubén Darío», con motivo del cuadragésimo aniversario del fallecimiento del nicaragüense. Vid. *El Turrialbeño*, I, 12 (1956): 2 (datos tomados de la profesora Araya Fonseca).

Zamora Elizondo y Fernando Luján; además, de forma inesperada y fatal el joven Jorge Debravo, a sus 29 años.

El centenario del nacimiento de Darío lo conmemoraron nuestros padres o abuelos generacionales. Fueron profesores, críticos literarios y poetas, respetuosos de la tradición literaria, que se empeñaron en conocer y dar a conocer algunos monumentos de las letras hispánicas, clásicas y contemporáneas. Querían seguir el ejemplo de sus propios maestros, no menos voluntariosos y aventajados pioneros de los estudios literarios y su didáctica, como Justo A. Facio, Rogelio Sotela, Brenes Mesén, Alejandro Alvarado Quirós, Luis Dobles Segreda. Los profesores del 67 eran Abelardo Bonilla, Enrique Macaya Lahmann, Arturo Agüero, José María Arce, acompañados por jóvenes intelectuales como Luis Ferrero Acosta, Luis Barahona y Roberto Murillo, y los poetas Jorge Charpentier, Carlos Luis Altamirano y Carlos Rafael Duverrán.

Abelardo Bonilla, profesor de letras y buen historiador de la literatura costarricense, preparó y publicó para el centenario su obra *América y el pensamiento poético de Rubén Darío*, en el que desarrolló agudas y muy inteligentes ideas sobre el tema, que les abrieron y adelantaron camino a estudios hispanoamericanos posteriores[5]. Se limita a su poesía, y apenas deja algunos entresijos que se refieren a los artículos o páginas ensayísticas que en abundancia Darío escribió, pero es un sólido y cuidadoso estudio propio del riguroso raciocinio y perspicacia del profesor Bonilla. Luis Ferrero Acosta, encargado por el Ministerio de Educación Pública, reunió una buena cantidad de páginas darianas, bajo un título casi genérico, el tercero en su clase: *Rubén Darío en Costa Rica*[6]. Ya es una rareza editorial, de la que apenas se puede pillar algún ejemplar descuadernado en librerías de viejo josefinas. También el mismo departamento editorial del Ministerio de Educación Pública le publicó al poeta Carlos Rafael Duverrán su *Vendaval de tu nombre*, veinticinco poemas de

5 Abelardo Bonilla, *América y el pensamiento poético de Rubén Darío* (San José: Editorial Costa Rica 1967).

6 Luis Ferrero Acosta, ed. *Rubén Darío en Costa Rica* (San José: Ministerio de Educación Pública, 1967).

exaltación, homenaje y al mismo tiempo respuesta del poeta, que se sabía heredero y distinto; depositario de una tradición y explorador de otros rumbos[7]. No era y no es habitual en la historia de la poesía costarricense dar con un libro dedicado enteramente a un personaje (un prócer, un héroe, un escritor), aunque dos o tres casos confirman la regla.

Pasaron los años y, con inexorable lentitud, el espectro del poeta se fue trasmutando en una figura de papel y tinta, que el pedagogo de turno empleó para hablar de los motivos del lobo, del divino tesoro de la juventud, del árbol dichoso apenas sensitivo, de no saber de dónde venimos. No está mal, desde luego: el buen profesor siente un placer indefinible cuando comenta, expone e interpreta las mejores páginas literarias, al poner en juego sus ideas con la novedosa frescura de quienes apenas ingresan en el salón de espejos de la ficción literaria. Y bueno es recordarlo: el poeta no lo es por su biografía que lo ha hecho persona, sino por el universo de palabras que imaginó en vida, y convirtió en una forma de sentido. Por eso Darío existe; como Petrarca, como Tagore, como Whitman. El poeta es un fantasma de papel, lo que hace innecesarias o prescindibles las biografías, y más aun las autobiografías.

Entre los poetas costarricenses contemporáneos, la figura de Rubén Darío ha sido confusa e incompleta. Como poetas *contemporáneos* me refiero a las distintas y sucesivas generaciones que se han ido formando y desarrollando desde las últimas dos décadas del siglo XX; es decir, desde 1980. A la distancia cronológica hay que añadirle otros dos factores: por un lado, son (hemos sido) generaciones poco afectas —en realidad, omisas— a cierta poesía del pasado, por creerla caduca e inservible, un prejuicio hoy día inadmisible; por otro, a que en nuestro medio se discute poco sobre la poesía como

7 Carlos Rafael Duverrán, *Vendaval de tu nombre: poema a Rubén Darío* (San José: Ministerio de Educación Pública, 1967). No deja de ser llamativo que Mario Picado, compañero generacional de Duverrán, no incluye a Darío en sus numerosos sonetos a personajes, que reúne en *Homenaje poético*, también publicado en aquel año del primer centenario.

hecho estético y discursivo, a favor de la idea de que escribir (y leer) poesía es un asunto más bien político, doctrinario y, en el mejor de los casos, ético.

Es casi inevitable, en este momento del discurrir, hablar en primera persona, si bien plural. Hacia 1980, quienes andábamos rondando los treinta años, estábamos persuadidos de que la poesía era un asunto de índole política y que a la larga podía ser un germen de transformaciones sociales. Éramos tan sinceros como ilusos. Fue una generación de poetas que se formó leyendo buena poesía política hispanoamericana, con César Vallejo y Pablo Neruda a la cabeza; acicateada, además, por la convulsa situación social, militar y geopolítica centroamericana. Leíamos, desde luego, toda la poesía moderna que nos caía en las manos; los poetas del 27 español (Aleixandre, García Lorca, Alberti), algunas traducciones de poesía inglesa, francesa o italiana, y media docena más de poetas, de los «comprometidos». Darío no ofrecía nada de eso, con la debida excepción de una o dos odas americanistas.

Los «patronos» literarios han ido cambiando con los años, y con ellos en Costa Rica el nombre de Rubén Darío se ha transformado en una valiosa ánfora o en una estatua de bronce, verdeante de óxido. Aunque difícil comprobarlo, es de sospechar que entre los poetas costarricenses de hoy, Darío es un personaje de leyenda, un mito, un bisabuelo literario o un nombre en las enciclopedias; quizá dos centímetros en la biblioteca. Ni siquiera es una lectura obligada y menos la atención al complejo espectáculo de su obra. No es de reprocharse ni de escandalizarse; cada cual tiene sus preferencias: ayer Neruda, hoy Bonnefoy, mañana algún poeta armenio o irlandés.

La academia —como se espera— es por esencia menos doctrinaria y en general despreocupada de tomar partido por esta o aquella corriente literaria o conceptual. Es, por fortuna, más plural y abierta a los aconteceres. Su atención puesta a la obra de Rubén Darío ha obedecido a los planes de estudios para la titulación de profesores. Los departamentos o escuelas de estudios literarios de nuestras universidades han procurado estudiar con esmero los grandes hitos de las letras hispanoamericana, y el modernismo

dariano ha sido uno de ellos. Sorprende, sin embargo, que en ninguna universidad estatal costarricense se hayan presentado tesis de grado —exigencia habitual para el título académico— sobre el poeta nicaragüense, ni siquiera estudios monográficos sobre la relación de su obra con las letras nacionales. Abundan, desde luego, las pasajeras circunstanciales menciones sobre la influencia (temática, léxica, estilística) del modernismo en este o aquel poeta nacional, pero aún carecemos de un estudio detenido sistemático sobre el asunto. El de Cecilia Barrantes de Bermejo, sin ocuparse específicamente de la obra dariana, a partir de abundantes datos bibliográficos, se adentra en el modo como el movimiento se manifestó en Costa Rica: *Buscando las raíces del modernismo en Costa Rica* (1994)[8]. Es un avance valioso, aunque la erudición en su desarrollo opaca la necesaria reflexión y la originalidad de sus conclusiones.

El primer libro amplio y bien razonado escrito en Costa Rica sobre Darío fue el mencionado de Abelardo Bonilla, *América y el pensamiento poético de Rubén Darío*, que formó parte de la contribución académica a la efeméride de 1967[9]. Hubo que esperar casi tres decenios hasta la aparición de un nuevo estudio, bien documentado y novedoso por lo tratado: *El último baluarte del imperio* (1995) de Margarita Rojas González, profesora de historia literaria. Entre otros aspectos, se examinan las relaciones, polémicas y profundamente ideológicas, entre la crítica literaria, de procedencia europea, y el

8 Cecilia Barrantes de Bermejo, *Buscando las raíces del modernismo en Costa Rica* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1994).

9 Se excluyen, por ser de otra índole, los tomos antológicos que reunieron, en sendas ediciones, Teodoro Picado (1919, 1920) y Luis Ferrero Acosta (1967); también los trabajos biográficos o bibliográficos, si bien muy útiles, como el de Carlos Jinesta, *Rubén Darío en Costa Rica: loanza* (1944), el de Pablo Steiner, Intermezzo en Costa Rica (1987) y el de Günther Schmigalle, *La pluma es arma hermosa: Rubén Darío en Costa Rica* (2001). En el momento en que redacto estas páginas, el historiador Armando Vargas Araya está por acabar y enviar a la imprenta su extensa y documentadísima obra *Los días felices de Rubén Darío en Costa Rica*, del que se espera su publicación durante 2017, mediante la Editorial Universidad Estatal a Distancia.

movimiento literario hispanoamericano. Es, en palabras de la autora, una exploración de los efectos de la «crítica antimodernista española y latinoamericana». Constituye un minucioso análisis de los juegos de poder, al interior del discurso (tanto el literario como el crítico y el teórico) manifiestos en torno a un hecho literario particularmente significativo, originado en Hispanoamérica.

¿Cuánto ha contribuido la academia (es decir, nuestras universidades) a estudiar, conocer y difundir la presencia de Rubén Darío en nuestro medio? Para dar con respuestas, no se puede ir a los extremos. Los departamentos de literatura forman profesores, y estos se encargan, con su saber y buena voluntad, de ejercer la docencia y comentar en el aula los poemas de rigor. Esto no es poco; iniciar al infante o al adolescente en el mundo del lenguaje poético es una verdadera aventura y un acto de arrojo. Cada cual decidirá si le atrae la poesía o si opta por despreciarla. Pero también le ha quedado a la academia su propia gestión interna; es decir, que mediante sus revistas, sellos editoriales, coloquios y demás tipos de encuentros, ha propiciado buenas ocasiones para el estudio, el sereno análisis, la innovación. La obra poética de Darío, como la de muchos otros, es un espacio sin fronteras visibles.

* * *

Darío también dejó no pocas páginas sobre Costa Rica. Su amistad con algunos poetas costarricenses, fugaz o no, hicieron despertar su altruismo y generosidad. Hay un brevísimo poema temprano, a modo de saludo, «A José María Alfaro Cooper», y un soneto, fechado en 1884, «Juan Diego Braun», con motivo del deceso de aquel joven poeta, al parecer prometedora pluma. El nicaragüense fue, como se sabe, un escritor muy fecundo, variado y constante. Durante su temporada en Costa Rica, en medio de sus apuros económicos, escribió poemas, crónicas, artículos y cartas. Sobre el país que lo acogió durante esos meses de 1891 y 1892 redactó pasajes que a nuestros ojos contemporáneos tienen más de estéticos que de informativos.

Sus páginas más citadas sobre Costa Rica son las que figuran a modo de prólogo a la edición española de las *Concherías* (1909), de su amigo Aquileo J. Echeverría, «El poeta de Costa Rica», que en cierta medida trazó las primeras directrices de la crítica literaria local sobre el rostro neopopularista del poeta. Aunque parco, Echeverría fue un buen poeta modernista. Eso lo sabía el nicaragüense; no obstante, prefirió señalar aquel aspecto nacional o regional del lenguaje poético; significaba una digna cuota a las letras del país centroamericano.

También son llamativas, por el tono y su innegable voluntad estética, varias páginas que a modo de artículos, publicó en revistas costarricenses. De ellas, sobresalen cuatro: «¡Bronce al soldado Juan!», «Fiesta de la patria», una «Crónica» sobre una de sus excursión a la zona del Atlántico costarricense, y «Heredia» (que subtitula *bocetos*)[10]. El primero fue un homenaje al modesto soldado raso que poco a poco la conciencia del costarricense quiso hacer su héroe, nacional y popular, Juan Santamaría. Es una exaltación a la patria y al mártir ya simbolizado en una estatua urbana; «Fiesta de la patria», publicado pocos días después, en cuatro entregas, lo complementa y amplia, como semblanza política del país que visitaba. La «Crónica» parece, a primera vista, uno de aquellos cuadros de costumbres, frecuentes en la literatura finisecular de nuestros países, pero leído con más atención constituye un ejercicio de alquimia: por una parte, literaturiza la vida costarricense; es decir, el referente se convierte en un discurso de pretensiones estéticas (como casi todo lo que escribió Darío, si se piensa bien); por otra, son unas páginas de notable precisión sobre las condiciones de vida, materiales y sociales de Costa Rica, en sus bien marcados estratos socioeconómicos durante la última década del siglo XIX. El cuarto, «Heredia», es un verdadero poema en prosa; es cordial y quizá algo convencional en sus conceptos, pero escrito con la pluma del poeta más que la del cronista; la pequeña y

---

10 «¡Bronce al soldado Juan!», *El Heraldo*, 15 de setiembre de 1891; «Fiesta de la patria», *La Prensa Libre*, 22, 23 y 25 de setiembre de 1891, p. 2; «Crónica», *Revista de Costa Rica*, i, 6 (abril de 1892: 317-323, y «Heredia (boceto)», *Diario del Comercio*, 9 de marzo de 1892.

modesta ciudad descrita se convierte en un espacio para la divagación estética, porque en ella ve cómo todo lo que se pone ante su mirada podría convertirse en motivo artístico.

Recogido por un viejo editor de sus OBRAS COMPLETAS en un tomo de *Prosa política*[11], aparece su más extenso y detallado escrito: «Costa Rica». En una docena de páginas pasa revista, esta vez en un tono más distante y austero, sobre la geografía, la variedad de sus ecosistemas, su flora y su fauna, el comercio, su sistema financiero, sus vías de comunicación, etc. Un auténtico folleto informativo de nada despreciable utilidad; señal de que el poeta también escribía con pluma de funcionario cuando lo exigían las circunstancias. Unos pocos apuntes sobre el sistema de instrucción pública, sobre los patricios más notables y algunos escritores cierran las páginas. Escribía esas líneas, probablemente las últimas sobre nuestro país, hacia 1912. Es probable que en ellas haya tópicos, adoptados o inventados por él mismo, que fueron arraigando en el imaginario (no menos convencional) sobre Costa Rica: feracidad de sus campos, un valle intermontano de perenne clima primaveral, cordialidad natural y pacifismo de sus habitantes, de predominante raza blanca, «mayor número de maestros que de soldados», patria culta y educada, etc. Prudente en lo suyo, apenas se refiere a las letras y las artes, excepción hecha del entonces recién inaugurado Teatro Nacional en el corazón de la capital. Queda aquí material documental para próximas reflexiones sobre el ideario de nación que las primeras generaciones republicanas procuraron sembrar y desarrollar a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

* * *

Durante todo el siglo XX, la literatura costarricense ha bebido de muchas fuentes; algunas de aguas frescas y estimulantes; otras apenas

11 Me refiero a la edición de Alberto Ghiraldo (Madrid: Mundo Latino, 1917), cuyo tomo XIII queda titulado *Prosa política: las repúblicas americanas.*

para calmar la sed. En el caso de la poesía, en Costa Rica ha sido clave la dependencia de una tradición literaria mayor y envolvente, en especial la escrita en español. Sería exagerado sostener que la formación de la poesía costarricense ha sido, en lo esencial, libresca, también lo fue afirmar —como lo hizo el mismísimo Darío— que en nuestro país los poetas se dan mal; un despropósito en materia histórica, social y literaria. ¿Cuántos poetas de verdadera valía hubo en Nicaragua durante la vida de Darío?

Siempre han existido líderes o paladines en el arte y en la literatura; a muchos les han erigido pedestales ante los que se prosternan algunos representantes —no todos, por fortuna— de las sucesivas generaciones. Darío fue uno de esos ejemplares, por cuenta de su obra y —ya lo hemos dicho— por la influencia que ejerció con el contacto personal cuando vivió entre sus contemporáneos costarricenses. Ese tipo de situación no ha vuelto a repetirse en nuestro medio. Puede que sea una debilidad en la literatura nacional; no han pesado tanto los movimientos o tendencias como un todo, si no han estado alentadas o representadas por algún escritor en particular. Después de Darío (como antes Campoamor o Espronceda, desde España), los gustos y simpatías —que no eran sino ideas del ejercicio literario— fueron pasando en movimiento alternativo por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Aleixandre, Miguel Hernández, y ya más cerca geográficamente, Gabriela Mistral, César Vallejo, Pablo Neruda, Ernesto Cardenal; tal vez Octavio Paz, Gonzalo Rojas, Jaime Sabines o Juan Gelmán. Ninguno ha alcanzado la condición de líderes; han sido tan solo referentes entre quienes leen o escriben poesía, con vocación y criterio.

Ningún nombre, sin embargo, como el de Rubén Darío. De él es difícil escurrirse; figura en las mejores historias literarias, en las antologías, en las lecturas obligadas de la educación pública, en los escaparates de las librerías, pero más aún: en las recónditas profundidades del devenir literario de nuestra lengua, cuyos lenguajes poéticos evolucionan, chocan entre sí, se entrelazan a veces o corren paralelos. Todo ello, por lo pronto, en la situación actual de la poesía costarricense.

LA REVOLUCIÓN ESTÉTICA DEL MODERNISMO Y RUBÉN DARÍO

Arnoldo Mora Rodríguez

Celebramos en 2016 el primer centenario de la muerte del gran poeta nicaragüense Rubén Darío. La celebración de efemérides históricas constituye un instrumento indispensable para mantener viva la memoria histórica de los pueblos, sin la cual estos padecerían de una amnesia prematuramente senil, por no decir patológica. Estas celebraciones son, igualmente, un tributo al genio de quienes nos han precedido en el deber y el honor de mantener vigentes los mejores valores de la cultura cultivando las virtudes cívicas, sin las cuales la vida perdería su sentido. Es también un reto ético para las nuevas generaciones, cuyo deber patriótico y cívico es cultivar ese legado, el más preciado que se pueda recibir.

Sin embargo, más allá de estas razones, en extremo válidas, existe el desafío de asumir en nuestra circunstancia actual ese legado, con el fin de valorarlo en su justa medida y verlo desde una perspectiva que no fue la de ellos originalmente, sino la nuestra de hoy. Cada generación y cada época tienen sus particularidades. El tiempo histórico no se repite; la creación cultural exige inventiva; la autenticidad es una especie de parto perpetuo que se repite incesantemente, so pena de caer en la inautenticidad propia del plagio, de la copia, del elogio sin sentido, de la retórica vacua. Para comprender la originalidad de los grandes maestros y genios del pasado, se requiere conciencia de la originalidad de los tiempos presentes. El contexto histórico del pasado debe ser vivido desde dentro para comprender la circunstancia histórica actual. Solo dialogando con el pasado se construye la vitalidad del presente. Por eso, si consideramos que la conmemoración del centenario del gran poeta Rubén Darío tiene sentido más allá del elogio merecido y de la evocación emotiva,

debemos situar lo que su aporte representó como ruptura, es decir, como *revolución* y transgresión en su tiempo; aporte que se ha convertido, con justicia, en el legado permanente de nuestra cultura y de su máxima expresión: la lengua.

Rubén Darío ha dado una dimensión universal, planetaria a nuestra sensibilidad caribeña; nos ha situado en el mapa mundial de las letras, por primera vez en la historia de la literatura, como una corriente estética surgida de las letras hispanoamericanas. Esto, como todo en la historia, no se dio por casualidad. Para comprender lo dicho, debemos remontarnos a lo acaecido en las artes y su desarrollo histórico en Europa, tierra nutricia entonces de ese legado que remonta a la época de oro de la Grecia clásica. A mediados del siglo XIX la cultura europea daba muestras inequívocas de estar sumergida en la crisis del romanticismo, sin que esto significase su pronta desaparición; esto no se daría sino ya a finales de ese siglo. El romanticismo fue la última expresión de la estética clásica inspirada en los cánones de lo que se consideraba como «obra de arte» en tiempos de la Grecia clásica. El romanticismo había surgido como manifestación de la sensibilidad y de las contradicciones dialécticas propias de las revoluciones que dieron origen a la Edad Contemporánea, como fueron en la esfera de lo económico y tecnológico, la revolución industrial nacida en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII y, más tarde, la revolución política iniciada en Francia en 1789. El romanticismo por esos días nace en Alemania y tiene allí su máximo representante en el gran poeta y pensador Johann W. Goethe. Por su parte, llega a su esplendor en Francia con Chateaubriand y Stendhal. Pero entra en crisis con el nacimiento del realismo literario de Balzac a mediados de siglo. En consecuencia, el optimismo inicial es sustituido por el pesimismo de Alfred de Vigny. Este nuevo espíritu de desencanto de los himnos triunfantes del romanticismo clásico, se expresa en la filosofía pesimista y asistemática de filósofos como Arthur Schopenhauer y Sôren Kierkegaard. La introspección, como materia prima para una honda y sapiencial reflexión subjetiva de Maine de Biran, se vuelve conciencia de lo absurdo. Se busca entonces una respuesta al sentido de la vida en la religión, como en Kierkegaard, o en el arte,

en el caso de Schopenhauer. Ambos se ocuparon ampliamente de la dimensión ética del ser humano, pero con concepciones cualitativamente diferentes. Para Kierkegaard don Juan Tenorio era la suprema expresión de la dimensión estética de la existencia, y demostraba la imposibilidad de dar un sentido auténtico a la vida mediante una libertad, que encontraba en su propia aspiración sus límites insalvables y, por ello mismo, conducía a la desesperación y al salto a la esfera de la ética; para Schopenhauer, por el contrario, el arte constituía el único acceso al Absoluto mediante la música.

Mediante esta concepción ocurre la mayor ruptura con la estética del romanticismo; ruptura no solo con el pasado reciente que encarna el romanticismo, sino incluso con las anteriores concepciones occidentales del arte, se inicia en la segunda mitad del siglo XIX y, con ello, surge la estética predominante en la edad contemporánea hasta el presente. El último representante de la tradición racionalista de la filosofía heredada de los griegos fue Hegel, el gran pensador enciclopedista de la historia. Fiel a la herencia helénica, sostenía que la poesía era la suprema expresión del arte. Por encima de ella solo estaban la religión y, sobre todo, la filosofía, como autocomprensión del ser humano, razón última de la concreción ontológica de los valores trascendentes, a saber, la verdad, el bien y la belleza. Con ello, Hegel hizo eco de la definición de los filósofos griegos, para los cuales el hombre es un animal dotado del don de la palabra. Y la palabra en su nacimiento o cuna de la creación, es poesía. No en vano la palabra «poesía» se origina del griego ποιειω, crear. Por el contrario, Schopenhauer, discípulo de Schelling, quien buscaba en las tradiciones sapienciales de la India una respuesta que no encontraba en el racionalismo occidental, buscó en la música el sentido último de la existencia, el único camino posible para encontrar el Absoluto, viendo no en la razón sino en la voluntad el instrumento que capaz de entonar las notas del himno de la sabiduría como culminación de una existencia humana plenamente realizada porque asumida más allá del logos racional.

En ese contexto y bajo estas premisas surge la estética y lo que se entiende por *obra de arte*, a partir de entonces y hasta el presente.

Con *Madame Bovary* Flaubert crea la novela contemporánea; se convierte en el arquetipo de novela con su realismo sicosocial que, en última instancia, constituye una crítica a una sociedad burguesa cuyo vacío existencial solo conduce al suicidio; no por amor sino por tedio. Pero la fecha emblemática que cambió la sensibilidad estética desde entonces, la debemos al estreno del drama musical que Richard Wagner dedicó al culto cuasi religioso del amor: *Tristán e Isolda*. De nuevo, ahí aparece la muerte por amor que se da en el instante en que éste, el amor alcanza su plenitud. La identificación en el beso de amor y, con ello, la muerte de los amantes es la sublime culminación de una existencia concebida como culto al amor concebido como identificación de los amantes en el Absoluto, pues el éxtasis amoroso es como el ascenso a la montaña: cuando se llega a la cúspide se inicia el proceso de decadencia, ya que, por definición, a partir de este momento, solo se puede descender. Tal descenso, cuando de la existencia plena se trata, solo puede ser el abismo de la muerte. Éxtasis de amor, plenitud existencial y muerte se funden en un abrazo en que los amantes se unen y confunden hasta desaparecer agotados, como el candil que se apaga, consumido en su llama, con lo que vuelven a imperar las tinieblas iniciales luego de haber producido fuego y luz. El calor de la vida se vuelve fría inercia de muerte. La palpitación del corazón de los amantes se apaga en y con la inercia de la muerte. El rojo de la llama se torna palidez de muerte. Pero se ha obtenido lo máximo a lo puede aspirar el ser humano: la plenitud lograda más allá de la fragilidad del instante.

El tiempo no es solo devenir, fluido temporal que nada detiene, según Heráclito. El instante es muestra fulgurante aunque fugaz presencia de la eternidad. Instante y eternidad, fugacidad de la existencia y eternidad de la completitud de la pareja, se funden en el frágil parpadeo, pero pletórico de luz y refulgencia, de la plenitud de un instante de amor a que llega en el beso con sabor a eternidad de los agónicos amantes. El tiempo que define la fugacidad de la existencia no solo se trifurca en *pasado / presente / futuro*; se detiene en la plenitud fugaz del instante. Por su parte, el arte solo tiene razón de ser en la medida en que nos sumergimos en los pliegues más recónditos

del alma humana, que se percibe como una chispa de eternidad en ese instante tan fugaz como iridiscente, donde la figura desaparece y solo se irradia luz y color. La belleza de una flor en primavera, de un rostro o un cuerpo desnudo de una bella adolescente, un instante que se convierte en sinónimo de eternidad incluso en los materiales rígidos, como las piedras que desafían las leyes de la gravitación en las torres de una catedral gótica que apuntan hacia un cielo imposible de alcanzar. Nada como las artes plásticas para demostrar que el tiempo es superior al espacio, que el instante es la plenitud del ser humano, que gracias a la conciencia de su condición de ser mortal, dio origen con Homero a la literatura occidental.

En el París de 1861 tiene lugar la exposición de dos pintores, Édouard Manet y Claude Monet, cuyo interés es pintar, ante todo, el color, la luz . Se dedican a la pintura no de *atelier* sino al aire libre. Buscan pintar el instante; por eso pintan no las pétreas paredes de una vetusta aunque erguida catedral gótica, sino que tratan de captar el instante en que un rayo de luz irrumpe un instante irrepetible sobre esas desafiantes torres. Se les llamará *impresionistas*. Como reacción, el romanticismo tardío se prolongó en la literatura comprometida, «revolucionaria» en el sentido sociopolítico. El sinónimo de escritor por excelencia de este tipo en el siglo XIX es Víctor Hugo, cuyas convicciones ideológicas inspiradas en el socialismo utópico lo llevarán a perpetuar el optimismo propio del romanticismo clásico, partiendo de una concepción realista y denunciante de la sociedad burguesa de su tiempo. Rechaza la posibilidad misma de la tragedia y la sustituye por el drama histórico, de la misma manera que Wagner lo había hecho al sustituir la ópera italiana por el drama musical.

Estos hitos marcaron la revolución estética gracias al influjo de factores extraestéticos; el realismo se concibe como un reflejo de una realidad fáctica de la que el texto es su expresión y su crítica a la vez. Con ello, busca su justificación como quehacer revolucionario, viendo en el arte una forma de hacer realidad sus ideales políticos. Pero parece que el arte, por sí mismo, no es suficiente para alcanzar los propósitos sociopolíticos del artista como ciudadano. La concepción de un arte como valor absoluto y como único camino conducente

al goce y contemplación del misterio del Absoluto como respuesta creativa y creadora frente al absurdo de la existencia, es el mensaje de la filosofía preconizada por Schopenhauer. De ello deriva la propuesta estética a finales de siglo de promover el «arte por el arte». El arte no tiene un objetivo y una finalidad extra artística, tal como la denuncia social promovida por el naturalismo de Zola, ni siquiera debe ser concebido como un sustituto de la religión, si bien constituye la respuesta más idónea frente al vacío existencial a que conduce la inanidad de una sociedad burguesa en decadencia y que llevaba a Flaubert a ver la labor del escritor como un oficio o una profesión. El escritor es un profesional o un obrero de la palabra.

De eso nace la reacción de los poetas parnasianos, que buscaban hacer del arte un fin en sí mismo. El arte por el arte es la consigna. Y qué mejor manera de propagarlo que buscar en la poesía ese reencuentro con el valor absoluto del arte que propugnaban los poetas desde sus orígenes ancestrales. Por tal razón se les denominó «parnasianos». Su modelo de belleza son los personajes que pueblan los incomparables relatos de la mitología griega; personajes que han de concebirse como algo más que metáforas; son dimensiones de la existencia humana, por lo que siguen siendo idóneos para expresar mucho de la condición humana actual. El tiempo onírico o poético deja de ser acceso tan solo al presente y se convierte en el lenguaje en que se plasma la poesía y se descubre el ser humano como tal, como ser humano sin más, incluida su dimensión metafísica. El ser humano lo es tal cuando se descubre poeta de su propia existencia. El arte no necesita sucedáneos de raigambre religiosa, ni motivaciones políticas; se sitúa más allá de la ética; tan solo aspira a la suprema manifestación de lo humano y, con ello, expresar con autenticidad incluso su dimensión metafísica. El arte es filosofía y religión, es política y revolución; el arte es la plenitud del ser humano. Gracias al arte, el ser humano se sumerge en las profundidades del infierno, se hunde en los delirios de la demencia, o se angustia con sentimientos de culpabilidad, bebiendo el elixir de la poesía como una copa de hiel. En ese contexto emergen quienes se autodenominaron «poetas malditos», cuyo máximo

exponente y padre de la poesía contemporánea Charles Baudelaire, el célebre autor de *Les fleurs du mal* (1857).

Es, además, dentro de ese mismo contexto de ribetes trágicos, cuando surge el modernismo en las letras hispanoamericanas. Nuestra América acababa de independizarse del imperio español. Todo el siglo XIX lo había pasado en caóticas guerras intestinas entre liberales y conservadores, con el fin de crear el Estado Nación, luego del fracaso de la utopía bolivariana que aspiraba a forjar una sola América que interactuase en igualdad de condiciones con las grandes potencias del mundo. Pero la utopía bolivariana tan solo fracasó en el ámbito de lo político; de inmediato surgió Andrés Bello para afirmar que la unidad de Nuestra América debía darse partiendo de lo que nuestros pueblos tienen en común: la lengua; no la lengua peninsular sino la que hablan nuestras gentes, la lengua de Nuestra América. Entonces empiezan a aparecer las grandes novelas románticas: *Cecilia Valdés* (1839), de Cirilo Villaverde, *Amalia* (1855), de José Mármol y *María* (1867), de Jorge Isaacs, que representan todos los puntos cardinales de nuestro subcontinente. Pero nuestra independencia plena seguía inconclusa, ya que las islas mayores del mar Caribe seguían bajo el yugo colonial español. Así, surge la primera generación y con ella los fundadores de la estética modernista; entre ellos la figura del poeta y pensador cubano José Martí quien en 1875, con apenas 22 años, firma un manifiesto con el poeta mejicano Manuel Gutiérrez Nájera. La aparición de ese documento es considerada por los historiadores de la literatura hispanoamericana como el inicio del modernismo.

En nuestras cercanas tierras, en Nicaragua, en 1867 nace Rubén Darío, quien desde niño mostraría sus grandes dotes de poeta. Ello le granjea la posibilidad de viajar a Chile. Allí estudia a los «poetas malditos», a los cuales profesará desde entonces una admiración nunca disimulada. En la biblioteca del prócer y presidente mártir chileno Balmaceda y por la mediación de su hijo, Darío se empapa de la poesía parnasiana. Fruto de ese entusiasta fervor escribe su primera obra maestra, *Azul* (1888) y, con ello, el modernismo poético llega a su máximo esplendor, confirmado luego con sus *Prosas profanas*. Pero el modernismo de nuestras tierras tropicales, cuna de la cultura

afroamericana , no es una copia servil o mecánica del parnasianismo francés, si bien es influenciado por sus concepciones estéticas fundamentales, haciendo realidad la afirmación de Baudelaire, según la cual «la poesía es lo que de música tienen las palabras».

La musicalidad del verbo no será lo que desde los griegos Occidente entendía por música; es decir, la melodía. Las armonías musicales, decían los pitagóricos, no son más que el eco de las que emiten los astros que giran en el espacio infinito dentro de sus esferas de cristal. Para la tradición cultural de raíz africana que trajeron con sus ritmos y danzas los esclavos a nuestro Caribe, la música no es en primer lugar melodía sino *ritmo*; la música no se hizo principalmente para oírla por sí sola, sino para acompañar la danza, es decir, para vivirla con la sensual cadencia de unos cuerpos desnudos, al son del embriagante tam tam de tambores y timbales. Esa concepción del ritmo musical se conjunta con la tradición musical de Occidente de las marchas de las óperas. La célebre «Marcha triunfal» evoca la marcha de los soldados de la ópera *Fausto* de Gounod. Las metáforas que adornan en abundancia toda la poesía de Darío son con frecuencia musicales. Así, la flauta de Pan aparece con frecuencia, lo mismo que otros instrumentos musicales. Darío transforma las metáforas de la poesía romántica cuando, comparando a la mujer con la luna, evoca al ser amado comparándola con «una luna blanca», cuya palidez nos hace pensar en la mágica aunque lejana belleza de una deidad femenina tan inalcanzable como la felicidad misma. Por el contrario, el poeta nicaragüense califica a la mujer como una «una sonora», aludiendo a los sonidos del cosmos como si fueran una celestial sinfonía. El ritmo no es el de la danza afroamericana; no es cadencioso, no es un vals vienés, tan en boga entonces, sino un ritmo sincopado. La música misma no está escrita en pentagramas inamovibles como textos extraídos de libros sagrados, sino que son improvisaciones lanzadas al aire al calor del éxtasis sensual, que se suscita en los cuerpos de quienes se entregan a la colectiva embriaguez de un baile envolvente y nocturnal. Toda la voluptuosidad del trópico se había convertido en sublime poesía. Con esa muestra de original creatividad poética, nuestros pueblos mulatos daban el primer paso

de su liberación plena consistente en el derecho a la palabra. La poesía los hacía interiormente libres. La poesía los hacía descubrirse personas, sujetos capaces de crear belleza, de dar rienda suelta a la imaginación y contagiar al cuerpo y al alma en el mismo frenesí de la poesía hecha danza, aquelarre. El amor de voluptuosidad del retorno al paganismo , que preconizaba Nietzsche, se convertía en complejo de culpa en el corazón de Darío. Constantino Láscaris lo dijo una vez: «Darío fue pagano por su amor a la vida y cristiano por su temor a la muerte». Vida y muerte, músculo e imaginación, danza y verbo. Gracias al genio de Darío, la poesía llevaba en sus entrañas una revolución cultural que se convertía en el primer y gigantesco aporte, históricamente hablando, a la estética universal de nuestros pueblos mulatos y mestizos. Gracias a Darío, la revolución cultural que representa el modernismo había conquistado su derecho a la ciudadanía universal en el mundo de las letras. Todo lo cual justifica con creces que ahora conmemoremos el centenario de la muerte de quien ha sido con justicia considerado como el mayor poeta de nuestra América.

MISTERIOSO DARÍO

José Ricardo Chaves

De muchos es conocido el interés de Rubén Darío por el mundo de lo oculto y lo sobrenatural, desde su infancia provinciana llena de cuentos pueblerinos de aparecidos, pero también de otro tipo de criaturas normalmente invisibles del bestiario del miedo (léase al respecto su cuento «La larva», que traduce una experiencia personal, según señala en su *Autobiografía*).

Más crecido, Darío entró en contacto con formas cultas del esoterismo gracias a masones y espiritistas. Eventualmente fue iniciado como masón en 1908 en Nicaragua, con una gran tenida con hermanos de los distintos países centroamericanos, todos muy orgullosos de que el gran poeta se integrara a la orden. Espiritismo y masonería eran hasta 1890 las corrientes esotéricas imperantes en Hispanoamérica, el primero surgido a mediados de siglo, aunque vigente en Costa Rica desde la década de los setenta, mientras que la segunda ya era más que centenaria en Hispanoamérica, si bien apenas había sido fundada en 1865 en el país. A partir de la última década del siglo XIX comenzó a sentirse cada vez más el efecto de una tercera corriente esotérica, la teosofía, que con la muerte de su fundadora, Helena Blavatsky, en 1891, había sido relanzada a la discusión pública. Se la suele confundir con el espiritismo, y aunque se parecen en varios rasgos, en otros se separan tajantemente, por ejemplo: los teósofos no creen en la comunicación con los muertos y por tanto no realizan sesiones necrománticas.

Teosofía en español. En el mundo anglófono ya se hablaba mucho de teosofía, y había toda una literatura para leer, pero en el mundo hispánico poco era lo que se conocía, y las fuentes literarias estaban en inglés. Dos españoles, José Xifré y Francisco Montoliú, entraron en contacto con Blavatsky en 1889, uno personalmente en Londres

(Xifré) y el otro por correspondencia (Montoliú). Ella los puso en contacto, pues no se conocían entre ellos, y se inició así el trabajo teosófico en España (organización, traducción, publicación) y de ahí se expandió rápidamente a Hispanoamérica, esto sin tomar en cuenta a la gente que supo de la teosofía directamente desde Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Miembros de las clases latinoamericanas altas que por familia, estudio o negocios pasaban temporadas en Europa o Estados Unidos, tenían oportunidad de conocer en sus fuentes los libros y actividades teosóficas en las metrópolis, y luego las reproducían en sus países de origen. Tal fue el caso de Costa Rica con Jorge Castro Fernández, hijo del presidente José María Castro Madriz, futuro benemérito de la patria por sus logros, sobre todo en el campo educativo, destacado masón, primero de varios futuros presidentes pertenecientes a esa fraternidad.

Pues bien, su hijo Jorge había estudiado en el extranjero, en Europa, sobre todo en Bélgica, aunque viajó por varios países. Conoció el medio teosófico y esotérico, y fue amigo de figuras como A. P. Sinnett, uno de los tempranos colaboradores de Blavatsky (aunque luego se separaron), el ocultista francés Gérard Encausse, mejor conocido como Papus, el más influyente mago de la Belle Époque, y la espiritualista Adelma Von Bay. A su regreso de Europa, se enroló en el servicio diplomático y, mientras trabajó en Guatemala, estuvo en contacto con Darío, haciéndose grandes amigos.

Una amistad teosófica. Muy pronto Castro compartió su entusiasmo teosófico con Darío y con otro escritor, Máximo Soto-Hall (autor de la novela *El problema*, publicada en Costa Rica en 1899). Darío se conectó en su entusiasmo con Castro, aunque luego reculó, atemorizado de que sus nervios se afectaran por los nuevos conocimientos, no así Soto-Hall, que siguió inmune al canto del teósofo. Estamos a principios de la década de 1890, y ya las ideas teosóficas recorren Centroamérica, con Castro como profeta. Costa Rica fue la base para la expansión institucional teosófica por Centro América, parte del Caribe y Colombia a inicios del siguiente siglo, al ser, según Darío,

«una de las sociedades más europeizadas y americanizadas». Castro es el primer nombre de una notable nómina de teósofos que fue creciendo en Costa Rica, sobre todo con la llegada de Tomás Povedano en 1897, así como el retorno al país de María Fernández Le Capellain (hija de Mauro Fernández, reformador educativo), de vuelta de Inglaterra, donde había completado su educación, y que en 1898 se casó con el prometedor Federico Tinoco. Ella apoyó a Povedano en sus afanes de fundar una logia, la *Virya*. Su novela *Zulai* (1909) fue parte de su trabajo teosófico; de hecho, fue publicada en la revista de la logia antes de que fuera libro.

Es esta una teosofía que llega a Costa Rica desde las élites y que comenzó a permear en el tejido social, penetrando otras clases y generando nuevas percepciones del trabajo espiritual, lo que eventualmente llevó a visiones opuestas dentro de las logias, la conservadora de sus miembros de clase alta, y otra más reformista que llegó más bien de sus clases medias (educadores, profesionales, comerciantes), del tipo de Brenes Mesén, Omar Dengo, o de teósofas feministas como Esther de Mezerville y Ana Rosa Chacón. No hay que ver a la teosofía como una ideología monolítica y conservadora, sino variada y con algunas tendencias muy renovadoras para su época (finales del XIX y principios del XX). Por ejemplo, hubo teósofos tanto en el gobierno reformista de González Flores como en el dictatorial de Federico Tinoco, y a éste muy pronto lo abandonaron. Luego volvieron con el restaurador Julio Acosta. Si bien la primera logia teosófica se fundó en San José en 1904, ya había un decenio previo de trabajo informal, de libros y revistas extranjeras, de reuniones en casas, sobre todo en la de Tomás Povedano y en la de Walter Field (español y estadounidense, respectivamente), cuyas familias se unieron incluso sanguíneamente por el matrimonio de de sus hijos.

Pacto de ultratumba. En una de sus conversaciones en Guatemala, Castro le propuso a Darío y a Soto-Hall que, para demostrar empíricamente la sobrevivencia del alma, el primero de ellos que muriera se aparecería a los otros de manera evidente. Sobre esto escribieron los dos que siguieron vivos, cuando el primero del trío murió, que fue Castro, en Panamá, en 1901. Darío, sin saber todavía de la muerte

de su amigo, vio su sombra, oyó golpes en la puerta y hasta el sonido del piano. Después se enteró de que esas manifestaciones habían pasado en los días de la muerte de Jorge. Esto aterró al miedoso Darío, amante ambiguo del «misterio», pero también lo confirmó en su creencia en ultratumba hasta el final de sus días. Poco tiempo antes de morir en 1916, Darío confiesa a un entrevistador en su lecho: «Yo he sido eso, yo he creído. He estudiado, he visto mucho, en París, en Italia. Suceden cosas sorprendentes, inexplicables. Son hechos extraordinarios, como cábalas de misterio».

Tras la muerte de Castro, Darío escribió una sentida semblanza necrológica de su amigo: «Jorge Fernández Castro: Requiescat». De su pacto mortuorio, habla Darío en su artículo «La boca de sombra», en referencia al poema espiritista de Victor Hugo. De esta manera, por vía de su amigo tico, fue que Darío se inició en la teosofía, leyó sobre ella, e incluso la usó en sus cuentos, como ocurre en «El caso de la señorita Amelia», en el que su personaje mantiene amistad epistolar con Madame Blavatsky y ayuda a fundar una logia en Nueva York.

La amistad de Darío con Jorge Castro incluyó a su familia. Fue a visitar al patriarca benemérito en su lecho de muerte, cuando el poeta vivió en Costa Rica. José María Castro murió en abril de 1892 y Darío se fue del país un mes después. Todavía no había muerto Jorge.

Darío siguió fascinado con el mundo oculto josefino de su tiempo, aun a la distancia. Fue amigo de Rogelio Fernández Güell, masón y espiritista, y por medio de él y de otros, supo de las hazañas mediúmnicas de Ofelia Corrales, y hasta escribió sobre ella, aunque sin mencionar, por caballerosidad, el nombre de la «señorita de la mejor sociedad que se ha revelado como médium extraordinaria», solicitada por sabios de Europa. Lo hace en su crónica «Siempre el misterio», publicada póstumamente en 1917. En ese texto habla de dos exponentes esotéricos de la época: su admirado Papus, por Europa, y la gran Ofelia, la más notable psíquica de la historia costarricense.

Puede así apreciarse que el crecimiento esotérico que Costa Rica vivió entre 1890 y 1930, sobre todo en sus vertientes espírita y teosófica, no fue ajeno a la atención y curiosidad del escritor nicaragüense,

quien incluso participó indirectamente en él por medio de algunas amistades, como Castro y los otros Fernández (Güell, Guardia y Le Capellain). Sus referencias esotéricas crecieron después en Argentina, España y Francia, con amigos como Leopoldo Lugones y Amado Nervo, pero el primer eslabón teosófico fue Jorge Castro Fernández, pionero nacional.

RAÍZ Y RAIGAMBRE DE LA CRÍTICA DE RUBÉN DARÍO A LAS ASECHANZAS DEL EXPANSIONISMO DE ESTADOS UNIDOS

Armando Vargas Araya

Llegado al zenit de su trayectoria en San José, donde vive por nueve meses, Rubén Darío escribe una temprana crítica a las amenazas del expansionismo de Estados Unidos: «El hombre del Norte: ¡he ahí el enemigo!», texto en el que advierte: «La tremenda fuerza al servicio del mal existe ya». Su artículo de prensa, del 15 de marzo de 1892, amplía y ahonda conceptos de su ensayo «La risa» y de su poema en prosa «Bronce al soldado Juan», sobre uno de los héroes en la Guerra Patria, «cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como a una fiera invasora».

El conflicto bélico de 1856 y 1857 surgió por la invasión militar esclavista procedente de la Unión Americana, lucha armada, diplomática y política que tuvo la virtud de unir por única vez a las repúblicas de Centroamérica en una alianza militar para la defensa de la independencia nacional, la integridad territorial y la soberanía política [Obregón Loría, 2017; Vargas Araya 2017]. La ocupación parcial y temporal del país de los lagos y los volcanes, comandada por William Walker –«uno de los más peligrosos criminales internacionales del siglo diecinueve» [Stiles, 2009, p. 564.]–, fraguó la liga ístmica que «acudió en ayuda de Nicaragua, con apoyo de todos, y muy especialmente de Costa Rica»; a juicio del bardo, «la defensa contra el famoso yanqui ha quedado como una de las páginas más brillantes de la historia solidaria de las cinco repúblicas centroamericanas» [Rubén Darío (en adelante RD), 1912, pp. 42-50].

La trascendencia de la poco estudiada y casi desconocida Guerra Patria reside, inter alia, en la conquista de su segunda independencia por las cinco naciones de la América del Centro. A tres décadas de la victoria aliada, elucida José Martí: «De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite [a la Conferencia Panamericana de Washington], urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia» [Martí, 1889, pp. 1330-1335]. Faltaba a estas repúblicas consagrar sus derechos a la vida autónoma, ya que los pueblos no gozan ante el mundo de las prerrogativas y respetos de patria libre mientras no se muestren dignos en la defensa de su libertad. Darío lo tiene claro al explicar que la página principal de la historia nicaragüense –y centroamericana–, es su «segunda independencia, cuando se vio libre de la ocupación del filibustero yanqui William Walker» [RD, 1917, p. 128].

1

¿Cuál es la génesis de la crítica rubendariana a los tejemanejes del expansionismo de Estados Unidos? ¿Qué influencia determinante pudo haber recibido en su infancia y juventud? ¿Dónde abreva los nutrientes para su latinoamericanidad indignada ante la potencia hegemónica emergente que extiende su poder cinegético sobre el Mundo de Colón.

Ese poder acumulado por medio de la cacería de personas ha sido un instrumento de control y dominación a lo largo de la historia, de la captura de esclavos en África a la caza de cimarrones en las Américas. El bardo ya ha escrito sobre el «aire cinegético» de Diana, la diosa virgen de la caza [Soto Hall, 1925, p. 38]. Los jóvenes espartanos –vestidos con piel de lobo– tenían como rito de iniciación la krypteia o cacería y matanza de ilotas [o siervos] –vestidos con piel de perro–. Varios filósofos justificaron la caza de humanos bajo el concepto de la esclavitud natural: el andrapodistes capturaba

hombres que vendía en el mercado de esclavos [Chamayou, 2002]. «La ciencia de la adquisición de esclavos tiene, a la vez, alguna cosa de la guerra y alguna cosa de la caza», dijo Aristóteles [1932, p. 16]; en tanto Platón opinaba que «somos un animal manso y afirmo que se da una caza del hombre» [1979, p. 1005].

Faltan doce años aún para su combativa oda «A Roosevelt» –en la cual increpará al presidente de Estados Unidos como Cazador mayúsculo, «primitivo y moderno, sencillo y complicado, / con un algo de Washington y cuatro de Nemrod» [RD, 1904, p. 6]–. Ya plantea su caracterización tremebunda de los usamericanos en su proyección internacional como «cazadores yankees», rifleros paridos por una «tierra de cazadores de hombres», inicialmente en las guerras contra los habitantes originarios de Norteamérica. Seguramente ha leído la recriminación de Hugo a «hombres vastos y feroces» como Atila, Gengis Kan, Alejandro o Napoleón, a los que llama cazadores de gente (traqueurs de peuples) [Hugo, 1864, p. 567]. Del mismo modo, conoce el pasaje veterotestamentario sobre «el primero de los héroes» Nemrod o Nimrod, tirano asirio que hizo erigir la Torre de Babel [Génesis, 10: 8-12, 1.a Crónicas, I:10, Miqueas 5:6.], a quien el mismo Hugo denomina «el cazador de hombres» (le chasseur d'hommes) por haber esclavizado primero al pueblo que posteriormente llega a someter como su rey [Hugo, 1931, p. 242].

Más adelante, Darío señalará que cuando llegaron a Nicaragua «los rifleros de ojos azules, se hallaban los Estados Unidos harto preocupados con sus asuntos de esclavistas y antiesclavistas, y el futuro imperialismo estaba en ciernes. [...] Walker se impuso por el terror, con sus bien pertrechadas gentes. Sembró el espanto en Granada [cuartel de su régimen dictatorial]. Sus tiradores cazaban nicaragüenses como quien caza venados o conejos» [RD, 1912, pp. 42-43]. En París, el chileno Francisco Bilbao denunciaba en 1856 a la Unión Americana que a diario extendía sus garras «en esa partida de caza que ha emprendido contra el Sur» [Bilbao, 1856, p. 11]. El montero que caza personas, prefiere la cinegética humana a la batida de piezas mayores. Honoré de Balzac escribió que «la caza del hombre es superior a la otra caza, en forma equivalente a la distancia que existe

entre los hombres y los animales» [Balzac, 1846, p. 299]; para Ernest Hemingway, «ninguna caza es comparable con la cacería del hombre, y quien ha cazado hombres armados durante mucho tiempo y con placer, después ya no siente interés en otra cacería» [Hemingway, 1936]. En lo tocante al imperialismo en ciernes, en 1892 dista todavía una década para su formulación como doctrina relativa a la extensión de la hegemonía de un país sobre otros por medio de la fuerza militar, económica, cultural o política; el estudio pionero sobre el imperialismo aparece en Londres en 1902, y el folleto de Lenin sobre el tema se editará tres lustros después [Hobson, 1902; Lenin, 1917].

Observador de anomalías, excesos y paradojas en la conducta humana, el bardo no duda en aplicar el pavoroso concepto de cazadores de hombres a los usamericanos, que recurren de súbito a este arbitrio extremo de control político y dominación completa. Peor que el «homo homini lupus» de Hobbes, «hombre lobo del hombre», cercano al «lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit», de Plauto, «lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro» [Hobbes, 1949, p. 1; Plauto, 1989].

2

En las 700 palabras de su recio artículo de prensa, Darío rubrica el pensamiento del poeta bogotano José M.a Torres Caicedo sobre las dos Américas, cristalizado al calor de la Guerra Patria: «…la raza de la América latina, / al frente tiene la sajona raza, / enemiga mortal que ya amenaza / su libertad destruir y su pendón» [Torres Caicedo, 1857]. Estos versos nacen cual «lema doctrinario de resistencia hispanoamericana al expansionismo de los Estados Unidos» [Ardao, 1986, p. 32] y constituyen la fuente originaria del nombre de la América Latina [Ardao, 1980; Rojas Mix, 1991, pp. 357-381]. Las palabras de Darío son diáfanas: «Mas las dos razas jamás confraternizarán. Ellos, los hijos de los puritanos, los retoños del grande árbol británico, nos desdeñan. […] La raza latina para ellos es absolutamente nula».

En 1823, el presidente James Monroe notifica a las monarquías europeas que cualquier intervención de potencias extracontinentales en la política de las Américas, sería considerada por la Unión Americana como un potencial acto hostil. La así llamada doctrina Monroe, pretendía sustentar la expansión territorial y la consolidación hegemónica de Estados Unidos, como lo hizo en su guerra contra México de 1846 a 1848 [Perkins, 1964; Frazier, 1998]. El bardo rechaza de un tajo esa pretensión: «América para el hombre de la larga pera, del chaleco estrellado y de los pantalones a rayas... América para los americanos no reza con nosotros».

La repugnancia hacia la persona del latinoamericano en «el país monstruoso y babilónico [que] no nos quiere bien», se asentaba en el etnocentrismo cuyas manifestaciones más profundas eran la esclavitud y el exterminio de indígenas. Un frenólogo inglés sentenció sobre el habitante originario y el afrodescendiente: «Uno de ellos es como el zorro o el lobo; el otro es como el perro. En ambos, el cerebro es de tamaño inferior –particularmente en las regiones moral e intelectual– al de la raza anglosajona, y de allí el fundamento de la superioridad natural de esta última sobre ambos» [Combe, 1841, en Horsman, 1985, p. 202]. El «civilizador» Walker se refería a los aborígenes nicaragüenses como «salvajes», desdeñaba las «naciones católicas» y las «razas híbridas» o mestizas [Harrison, 2004, pp. 20-21]. De salir a la calle delegados de Latinoamérica a un cónclave en Estados Unidos, según el bardo, «el pueblo yankee los rodeará, curioseando y mirándoles como si fuesen osos o monos sabios».

«Hormiguero cosmopolita, Briareo cuya cabeza nunca acariciará el sol de ningún ideal, Babel de los pueblos, pozo en donde cae toda la espuma del mar humano», escribe en lenguaje reminiscente de las proclamas de la Guerra Patria contra el invasor ojiclaro. «Banda de forajidos, heces corrompidas de otras naciones», se lee en un documento pastoral del obispo de Costa Rica [Llorente y Lafuente, 1855], al tiempo que su capitán general Juan Rafael Mora los apostrofa como «gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos» [Mora, 1956, en Aguilar Piedra y Vargas Araya, 2014, p. 226].

Contrasta en su mencionado ensayo sobre la risa, «el chiste grueso y rudo» de los anglosajones, con la hilaridad de la América del Mediodía, «rosada, vibrante, sonora, entre las rosas, bajo los nidos de los pájaros, en un ambiente poblado de armonía y de sol» [RD, «La risa», 1891]. Incluso la gracia de Mark Twain es mal vista por el bardo, pues el humorista recorta su picardía «como en cartón y a cada paso se ve la huella de su pesado y férreo tacón de yankee». Es que para él, Estados Unidos es una «nación deforme, inflada y orgullosa por la fiebre de Nueva York, por el arca de Washington, por el algodón de Boston, por el puerco de Chicago; sin artistas, porque el poco arte que tiene es todo ajeno».

Añade fuerza a su exposición con imágenes verbales acuñadas por otros intelectuales. El inmigrante español Emilio Segura avisa en San José que «el coloso del Norte avanza. Ese pueblo-esponja, que desea absorber cuanto existe, esa nación-boa que estrangula a Méjico, […] que tortura a Nicaragua y amenaza devorar nuestras fluctuantes nacionalidades, crece y se dilata con tal rapidez que muy pronto será imposible detenerla en su carrera asoladora» [Segura, 1854]. Darío se refiere a la crisis del USS Baltimore que enfrenta a Chile con Estados Unidos poco después de la guerra civil de 1891: «La república colosal hará alardes de poder y de altanería con cualquiera de los pequeños países ‹hermanos› que cantó el poeta y que bendijo el reverendo. Así con ese país chileno, tan heroico, tan noble y desgraciado. En los momentos en que restaña su sangre, después de una revolución ejemplar y tremenda, siente que llega el boa». Las proporciones gigantescas de la Unión Americana recelada en Latinoamérica como boa constrictora, son comunes a los dos autores. «Me asustan los yanquis», escribe el maestro Andrés Bello desde Chile [Bello, 1984, pp. 359-362].

«¡Falsos predicadores de paz y de concordia!» resultan para el bardo el presidente William H. Harrison y el secretario de Estado James G. Blaine, más aún, a este lo reputa de «mentiroso». Llama la atención a sus hermanos de América: «Desconfiemos de esos hombres de ojos azules que no nos hablan sino cuando tienen la trampa puesta». Blaine, el que «dora los anzuelos, […] un día, en fiestas y pompas, nos

panamericaniza y nos banquetea». Martí, quien desde Nueva York observa al político durante largo tiempo, cataloga a Blaine de aventurero y arrogante, capaz de practicar una «política sin escrúpulos»; juzga uno de sus discursos de «falsedad»; y registra que Argentina y Chile se oponen a su elección para presidir la Conferencia Panamericana de Washington [Martí, 1888 y 1889, en Periodismo de 1881 a 1892, pp. 1169-1174, 1128-1131, 1312-1315; Ward, 2007, pp. 100-124].

La adquisición de la Perla de las Antillas y la dominación de su país natal son designios usamericanos que, a criterio suyo, reclaman vigilancia permanente. La absorción territorial representa para él la plataforma del espíritu nacional de Estados Unidos, que «quiere comprar a Cuba y descuartizar a Nicaragua». Un sexenio antes de la Guerra Hispano-Estadounidense es categórico su rechazo de la compraventa o del anexionismo, «lo que se sueña es Cuba de Cuba: ni de España, ni del yankee, y si ha de ser de alguien, que sea de España». El antiguo proyecto de abrir un canal a través del río San Juan, el lago de Nicaragua y el estrecho de Rivas –que Walker hubiera inaugurado de haber triunfado la invasión filibustera–, está concesionado desde 1880 a una corporación estadounidense. El bardo previene que no «se les deje tomar un dedo de la mano, porque si toman el dedo se llevarán todo el cuerpo. Son ruedas dentadas» [RD, 1950, t. 3, p. 813].

«Por el lado del Norte está el peligro. Por el lado del Norte es por donde anida el águila hostil»: es la clarinada que da a sus anfitriones costarricenses, quienes negocian un tratado de reciprocidad arancelaria con Estados Unidos, cuando el hegemón tiene «la garra lista para nuestro pescuezo». Washington suscribirá siete de diez tratados de esos con países de Centroamérica o territorios antillanos, si bien Costa Rica logra escabullirse de la boa constrictora. Por razones de orden distinto, la admonición dariana es acatada por el Gobierno de San José: «Nada de tratados de reciprocidad, con quien al hacer el tratado nos pone la soga al cuello».

En fin, el bardo opina sobre las relaciones entre las naciones, persuadido de que, «en la historia de la diplomacia americana, no ha brillado nunca la buena fe ni la cultura moral». El régimen espurio de

Walker, que se hizo elegir presidente de Nicaragua, recibió el reconocimiento diplomático de un gobierno solamente, el de los Estados Unidos de América. Aconseja siempre gran tiento en «las relaciones diplomáticas con el monstruo», palabra suya esta que resuena en la célebre frase que escribirá Martí un trienio más tarde: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la de David» [Martí, 2001, pp. 273-276].

Desde San José, lleva el pulso cotidiano de cuanto acontece en las Américas y Europa. A los dos días del sonoro rapapolvo a los usamericanos, da a conocer un texto de índole profética: «El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. [...] El espíritu de las clases bajas se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Commune, la Internacional, el nihilismo, eso es poco; ¡falta la enorme y vencedora coalición!» [RD, «¿Por qué?», 1892].

3

La raigambre de la crítica dariana a las estratagemas del expansionismo angloamericano se distingue con claridad en lo antes expuesto. La doctrina Monroe, el destino manifiesto y el etnocentrismo usamericano; la guerra de conquista territorial contra México; los designios sobre Cuba y las invasiones filibusteras; la Guerra Patria de Centroamérica; la Conferencia Panamericana de Washington; las ideas de Bilbao, Martí y Torres Caicedo, entre otros, forman parte de los imbricados veneros telúricos que suscitan y sustentan sus acres reflexiones en torno a la América Latina y la Unión Americana.

Su pensamiento, que expresa con igual eficacia y destreza por medio de la poesía, el ensayo o el periodismo, evoluciona y madura. La edad lo remansará, sin contradicciones significativas. Llegará a comprender, aceptar y apreciar algunos aspectos de la civilización y la cultura usamericanas, pero jamás desarrollará afectos comparables

a su devoción por Francia, España, Argentina, Chile o Centroamérica [Acereda, en Oviedo Pérez de Tudela, 2013, pp. 153-166].

Mas, ¿cuál es la raíz profunda de su animadversión hacia la potencia hegemónica del continente?

Aquí se postula que esa raíz madre se encuentra en su relación filial con el teniente coronel Félix Ramírez Madregil y el rol que le correspondió desempeñar a este, su padre adoptivo, en la guerra contra la invasión esclavista. Lo recordaba así: «Hombre alto, buen jinete, algo moreno, de barbas muy negras. Era él un militar bravo y patriota, de los unionistas de Centroamérica, con el famoso caudillo liberal Máximo Jerez» [RD, 1950, t. 1, pp. 19-20, 26].

Darío vive su niñez y adolescencia en el hogar de Ramírez Madregil y Bernarda Sarmiento, su tía abuela materna, en la amplia casa esquinera que habitan sobre la calle real de León. Por el teniente coronel lleva el nombre de Félix Rubén y en la escuela se apellida Ramírez: «Yo me criaba como hijo del coronel Ramírez», escribe en su Autobiografía [RD, 1950, t. 1, p. 20]. La inteligencia del chavalito y el cariño que por él siente, mueven al militar retirado –que él llama papá– a hacerlo retratar a los tres años de edad.

«El coronel Ramírez Madregil consagra a su pequeño Félix el amor que tendría a un hijo de su carne. Le enseña a montar a caballo; le hace conocer las novedades introducidas en León: el hielo, las manzanas de California y, más tarde, hasta el champaña; ¡pobre coronel, que no sabe lo que hace!», dice Edelberto Torres el biógrafo. Enseña a leer a su precoz hijo del corazón. Le regala un pequeño acordeón. El chico se duerme en sus regazos durante las tertulias con liberales leoneses en la sala de la casona estilo colonial. Juega con las botas del exmilitar que le suben hasta las ingles y se ciñe su espada que arrastra. A tierna edad, Rubén descubre en la biblioteca familiar los libros del teniente coronel [Torres, 1982, pp. 27-33; Vanegas, 1962, pp. 14-18].

Desdichadamente, el hombre que más le cuida en su infancia y que más apoyo le habría proporcionado en la pubescencia, fallece en 1871. «Fue un segundo padre para mí», dirá en España [García de Castro, 1967, pp. 305-320]; más todavía: «Mi verdadero padre,

[fue] el que me había criado desde los primeros años, el que había muerto, el coronel Ramírez. [...] Dios le haya dado un buen sitio en alguno de sus paraísos» [RD, 1950, t. 1, pp. 20 y 26]. No obstante, el viejo militar le marca de tal manera la vida que incluso dos días antes de su propia muerte pide ser enterrado en la tumba de Ramírez Madregil y doña Bernarda, a quienes invoca en su delirio agónico [Bautista, 2015, p. 128]. Para el bardo, «la paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ese es su padre» [RD, 1950, t. 1, p. 26].

Félix Ramírez Madregil había gozado de las confianzas de Francisco Castellón, el Supremo Director de Nicaragua en la disidencia liberal leonesa o «calandraca» de 1854 a 1855. Este se enyuntó en el gobierno provisorio con el general Máximo Jerez, quien llegaría a ser el padrino de bautismo de Darío. Fue Castellón el que hizo traer por contrato a Walker y su denominada «Falange Americana», en el afán de imponerse en la guerra civil sobre el gobierno conservador o «timbuco» establecido en Granada. La confianza de Castellón en Ramírez Madregil se patentiza en el hecho de que es él precisamente a quien comisiona para dar la bienvenida a Walker y «felicitarlo a nombre del gobierno provisorio» en su arribo al puerto de El Realejo, el 13 de junio de 1855 [Pérez, 1993, p. 122]. Aunque luego cambie de actitud, el futuro padre afectivo del bardo sería el primer nicaragüense en estrechar la mano del «civilizador», que descendía de la Unión Americana con una misión abarcadora del «destino no solo de Nicaragua sino tal vez la redención y civilización apropiada de toda la América española» [Walker, 1856].

Como ayudante de campo suyo, lo escoltó a León, donde se reunieron con Castellón el Supremo, y el general José Trinidad Muñoz, comandante de las fuerzas liberales. El político lo recibió con los brazos abiertos; el militar se cerró en banda a que los mercenarios no intervinieran en los asuntos internos de Nicaragua. Walker notificó al Supremo que él y su mesnada prestarían servicios al gobierno provisorio, pero «de ningún modo bajo las órdenes de Muñoz». Castellón aceptó la propuesta del recién llegado para lanzar una expedición

sobre Rivas, a fin de dominar la Vía del Tránsito, utilizada en el trasiego de oro y gente entre California y Nueva York. El Supremo lo naturalizó en el acto y le concedió el grado de coronel efectivo; además, ordenó a Ramírez Madregil alistar 200 hombres que marchasen al mando del flamante jefe, que todavía no hablaba bien el español. El hombre de las confianzas del Supremo refunfuñaba por los riesgos de la operación; el condotiero creía que era Muñoz quien cizañeaba a través del teniente coronel. Cien combatientes nicaragüenses de Ramírez Madregil y 55 soldados de fortuna usamericanos se embarcaron en El Realejo a las órdenes de Walker.

Llegados a Rivas, toparon con la eficaz resistencia de los conservadores granadinos, quienes habían sido alertados por Muñoz, el malqueriente de Walker. En la batalla del 29 de julio de 1855 perecieron varios jefes y oficiales usamericanos naturalizados, junto con numerosos soldados del país. Ramírez Madregil escapó hacia Costa Rica con una cincuentena de sus hombres. En el parte de Walker a Castellón le dice que «Muñoz tenía la culpa de la derrota por haber dado aviso al enemigo de su movimiento y por haber influido en el coronel Ramírez Madregil para que lo abandonase en medio del combate» [Pérez, p. 123]. Capturados y desarmados, los nicaragüenses fueron trasladados a San José, donde permanecieron pocas semanas a título de reos políticos. Félix Ramírez Madregil partió de regreso a El Realejo el 22 de agosto [Comisión de Investigación Histórica, 1956, pp. 243-244]. Ahí se pierde el rastro de su participación en la Guerra Patria. Sobre el teniente coronel, un compatriota suyo dice: «Le disgustaba recordar que en una ocasión había sido edecán de Walker y su guía hasta la ciudad de Rivas» [Gutiérrez, 1988, p. 10].

La memoria de la Guerra Patria estaba fresca en León durante la mocedad de Darío, especialmente entre los liberales afiliados a la causa de Jerez. A sus 17 años, el novel escritor reseña el libro La guerra de Nicaragua, prospecto que el condotiero vencido publica para recaudar dólares con los cuales financiar nuevas aventuras: «Walker y sus prosélitos amenazaron de un modo violento destruir o transformar nuestro modo de ser en la escala de las naciones. […] Era una gran inteligencia, pero su ambición no tenía valladares» [RD, 1884, en

Sequeira, 1945, pp. 170-171; Walker, 1860]. Añadirá mucho después: «El filibustero yanqui Walker, que cultivó su espíritu en una universidad alemana, no llevó a Nicaragua sino la barbarie de ojos azules, la crueldad y el rifle» [RD, 1950, t. 3, pp. 1054-1055]. Y más adelante: «Era aquel filibustero culto y valiente, y de ideas dominadoras y de largas vistas tiránicas», pues ambicionaba, a partir de Nicaragua y Centroamérica, expandir los dominios de la dictadura militar angloamericana a la península de Yucatán hasta el istmo de Tehuantepec, con el objetivo de engullir más tarde a Cuba, Haití y la República Dominicana [RD, 1912, p. 42].

En San José y París el bardo llega a desentrañar el significado hondo de aquellas hazañas homéricas, cuando Centroamérica derrotó al expansionismo esclavista impelido desde la Unión Americana. En La caravana pasa (1903) observa que «las tentativas del filibustero Walker en Nicaragua no fueron sino vistas con gran simpatía en los Estados Unidos» [RD, 1950, t. 3, p. 838].

«El conquistador nórdico [o norteño] no llegó solo por su propio esfuerzo, sino que fue llamado y apoyado por uno de los partidos en que se dividía el país (calandracas versus timbucos [Arellano, 2013], ‹odios de campanario, odios de bandería, odios odiosos de grotescos Montescos y absurdos Capuletos›). Luego habrían de arrepentirse los que creyeron preciso apoyarse en las armas del extranjero peligroso [que] fusiló notables; incendió, arrasó», escribe en Europa a medio siglo y un lustro de la Guerra Patria. «Y aún he alcanzado a oír cantar ciertas viejas coplas populares: ‹La pobre doña Sabina / un gran chasco le pasó, / que por andar tras los yanques / el diablo se la llevó›. […] Y llegó Walker a imperar en Granada, y tuvo partidarios nicaragüenses, y hasta algún cura le celebró en un sermón, con citas bíblicas y todo, en la parroquia» [RD, 1912, pp. 43-44, 49].

Varias veces recuerda que la alianza defensiva de Centroamérica hubo de combatir no solo contra el expansionismo militar esclavista, sino también «con los nicaragüenses que se unían a los invasores de Guillermo Walker» [RD, «Bronce…», 1891]. En relación con hechos políticos posteriores, escribe: «En esa misma ciudad de Granada se

formó una agrupación yanquista que envió a Washington actas en que se pedía la anexión, que paseó por las calles, entre músicas y vítores, el pabellón de las barras y las estrellas, clamando por depender de la patria de Walker». Más adelante, asienta: «Dícese que estando reunido el Congreso de Nicaragua se recibió un cablegrama de la Casa Blanca, en el cual se ordenaba –esa es la palabra– que no se tratase de la reforma de la Constitución hasta que [no] llegase un comisionado del gobierno de los Estados Unidos… Si esto no es ya perder completamente la nacionalidad, que venga Washington y lo diga —porque ya sería tarde para preguntárselo a San Martín o a Bolívar» [RD, 1912, pp. 44-45, 47-48]. Vale decir, como en la citada letrilla callejera, el que «anda tras los yanques / el diablo se lo lleva» [Véase RD, 1902, en Barcia, t. 2, pp. 130-135].

Al inaugurarse la estatua del héroe popular Juan Santamaría, caído en la Guerra Patria, Darío expresa el anhelo de que «en determinados tiempos y en distintos lugares surjan del pueblo, entre los proletarios del campo o de la montaña, figuras grandiosas, dignas del canto de los bardos y de los monumentos inmortales». Menciona a Juan de Dios «Aldea, el sargento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro de bronce, que saludarán con respeto y admiración profundísima las generaciones venideras». Y enaltece: «Estos son los buenos, los grandes, los que no mueren en la memoria de las naciones; estos son los que se cantan en los romanceros, y en las epopeyas, los que lucen con mayor aureola en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de eterna enseñanza, y forman en el cielo de la patria, resplandecientes y supremas constelaciones» [RD, «Bronce…», 1891].

4

Rubén Darío se hizo el verbo del alma latinoamericana, «el poeta de la totalidad de la raza de habla hispánica, el bardo de nuestras tradiciones y de nuestros ideales» [Henríquez Ureña, en Mejía Sánchez, 1968, p. 172]. La afirmación de su identidad nuestramericana

nace y crece en contraposición a los designios hegemónicos del anglosajonismo. Hegel presagiaba en 1822 que Estados Unidos llegaría a mostrar su importancia, «acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur» [Hegel, 1999, p. 177].

El expansionismo territorial usamericano, que en el siglo XIX viaja únicamente en dirección sur, deshumaniza y clasifica como menos que hombres a los latinoamericanos. Esa despersonalización del otro no es casual, más bien obedece a una decisión de estrategia política. La inferioridad racial viene a ser una coartada para la diferenciación entre el cazador y la presa. Persecución, expulsión, captura y exterminio son parte de una misma técnica violenta de dominación. La emoción del cazador aumenta si la presa es inteligente y astuta: los rifleros esclavistas tiroteaban nicaragüenses, dice Darío, «como quien caza venados o conejos». El atributo principal que el bardo adjudica a Estados Unidos como potencia hegemónica es su carácter de cazadores de humanos.

La guerra de Estados Unidos contra México –guerra de conquista para la extensión de la esclavitud–, seguida por las expediciones filibusteras contra Cuba y la invasión del expansionismo esclavista a Centroamérica, lo encrespan y estremecen. Esas agresiones militares a Latinoamérica espolean el desarrollo de un pensamiento propio –Bilbao, Martí, Torres Caicedo, para citar a tres entre varios–, pensamiento que el bardo hace suyo y procesa, recreándolo. Tales hechos e ideas –verdadera raigambre de su crítica a las desafortunadas políticas de Washington con relación a los países del Sur– se transfiguran por su genio en piezas ensayísticas, poéticas y periodísticas que tienen una coherencia minuciosa y una lógica sólida entre sí. Examinadas como un todo y no cual compartimentos estancos, adquieren su significado cabal en expresiones suyas ante la intervención en 1891 de fuerzas navales usamericanas en Chile, el panamericanismo de la Casa Blanca, los tratados de reciprocidad arancelaria entre Estados asimétricos, la oferta de 300 millones de dólares de Washington a Madrid para la compra-venta de Cuba en 1897, la Guerra Hispano-Estadounidense de 1898 y la consiguiente angustia existencial española, la injerencia usamericana de 1904 en el desmembramiento de

Panamá, el desembarco de los marines en Nicaragua que da al traste con el gobierno en 1909, la ocupación militar de su país natal por fuerzas de Estados Unidos en 1912 o el tratado Bryan-Chamorro de 1914. «Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal», esclarece en el prefacio de sus Cantos de vida y esperanza; «y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter» [RD, 1950, t. 5, p. 860]. Rubén Darío es baluarte macizo del espíritu latinoamericano.

La raíz primordial de su crítica constante a las desgracias engendradas en Latinoamérica por el expansionismo anglosajón, está en la experiencia de su padre adoptivo durante la Guerra Patria. Esa influencia determinante es lactada por el bardo en su más tierna infancia. Las grandes botas con que juega el niño habían sido calzadas por el teniente coronel Félix Ramírez Madregil en la guerra centroamericana contra el invasor esclavista. La espada que él arrastra por los corredores de la casona colonial, habría sido usada ceremonialmente por su padre afectivo en la bienvenida a William Walker. Por lo que se sabe, el militar se contaba entre los arrepentidos de haberse apoyado en las armas del extranjero peligroso, lo mismo que el caudillo Jerez y otros muchos «que el diablo se los llevó». No bien ingresa a la etapa de su juventud y el bardo empieza a escribir sobre los tiempos acerbos del dominio filibustero sobre su patria. Esta es la causa eficiente de la raigal animosidad dariana ante el coloso del Norte, el fuerte Cazador que codiciara atrapar a la América morena en sus férreas garras.

Dos textos costarricenses de Rubén Darío

1. Por el lado del Norte

Por el lado del Norte está el peligro. Por el lado del Norte es por donde anida el águila hostil. Desconfiemos, hermanos de América,

desconfiemos de esos hombres de ojos azules que no nos hablan sino cuando tienen la trampa puesta. El país monstruoso y babilónico no nos quiere bien. Si es que un día, en fiestas y pompas, nos panamericaniza y nos banquetea, ello tiene por causa un estupendo humbug. El tío Samuel es el padre legítimo de Barnum. «América para los americanos» no reza con nosotros: América para el hombre de la larga pera, del chaleco estrellado y de los pantalones a rayas. Si Whitier canta el amor mutuo en el mundo nuevo, Blaine entre tanto, dora los anzuelos. Mas las dos razas jamás confraternizarán. Ellos, los hijos de los puritanos, los retoños del grande árbol británico, nos desdeñan en nombre del roast beef y del beefsteak. La raza latina para ellos es absolutamente nula. Musculosos, pesados, férreos, con sus rostros purpúreos, hacen vibrar sobre nuestras cabezas su slang ladrante y duro; aunque en cambio, miss Jonathan gusta de los hombres ardientes de ojos negros.

El presidente dirá en su mensaje palabra de paz y afecto a nuestras nacionalidades; si hay congreso internacional el orador hablará sobre hermosos temas: A nuestros hermanos del continente: La paz y la fraternidad; el reverendo pronunciará su discurso amistoso salpimentado de evangelio; mandará Whitier o Whitman su verso profético, o su saludo glorioso; y el pueblo yankee, cuando salgan a la calle nuestros representantes, los rodeará, curioseando y mirándoles como si fuesen osos o monos sabios. Después, si los sucesos lo ocasionan, la república colosal hará alardes de poder y de altanería con cualquiera de los pequeños países «hermanos» que cantó el poeta y que bendijo el reverendo. Así con ese país chileno, tan heroico, tan noble y desgraciado. En los momentos en que restaña su sangre, después de una revolución ejemplar y tremenda, siente que llega el boa. El mundo estuvo con el débil, no por la debilidad, sino porque vio oscurecerse la antorcha de la estatua de la Libertad; porque vio al Goliat rubio y pletórico de oro, amenazar al David latino. ¡Falsos predicadores de paz y de concordia! El mismo presidente de los mensajes serenos y fraternales, el mismo Blaine mentiroso, los encariñados de ayer, ellos son los que mandan sus notas hoscas y su soberbio ultimátum al país en donde después de la muerte romana

de Balmaceda, se trabaja por levantar siempre bien alto el nombre de la patria chilena.

Mirémonos en ese espejo. Home, sweet home! y la garra lista para nuestro pescuezo. Hormiguero cosmopolita, Briareo cuya cabeza nunca acariciará el sol de ningún ideal, Babel de los pueblos, pozo en donde cae toda la espuma del mar humano; nación deforme, inflada y orgullosa por la fiebre de Nueva York, por el arca de Washington, por el algodón de Boston, por el puerco de Chicago; sin artistas, porque el poco arte que tienen es todo ajeno; mercado en donde todo se vende, por el poder del dios dólar; tierra de los cazadores de hombres; sin nada propio, sin nada genuino, como no sea el fundamento de su espíritu nacional: la absorción: ¡cuidémonos de ella! Quiere comprar a Cuba y descuartizar a Nicaragua. «¡Anexión!» dicen por allá; «¡Canal!» exclaman por aquí. Anexión nunca. Lo que se sueña es Cuba de Cuba: ni de España, ni del yankee, y si ha de ser de alguien, que sea de España. Canal, magnífico. Sin que se les deje tomar un dedo de la mano, porque si toman el dedo se llevarán todo el cuerpo. Son ruedas dentadas. Y en cuanto a las relaciones diplomáticas con el monstruo, siempre gran tiento. Que en Washington haya muchos romeros, como el Romero de México, que no se deje tocar las bragas. Y hay que recordar que en la historia de la diplomacia americana, no ha brillado nunca la buena fe ni la cultura moral. Y nada de tratados de reciprocidad, con quien al hacer el tratado nos pone la soga al cuello. «La tremenda fuerza al servicio del mal existe ya», dice un gran escritor a este respecto. Y es la verdad. El hombre del Norte: ¡he ahí el enemigo!

El Heraldo de Costa Rica, 15 de marzo de 1892.

2. ¿Por qué?

¡Oh, señor! el mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya sino

el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero. ¿No ve usted tanto ricachón con la camisa como si fuese de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y encaje? Entre tanto, las hijas de los pobres, desde los catorce años, tienen que ser prostitutas. Son del primero que las compra. Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los talleres son el martirio de la honradez; no se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer su pan duro, en los palacios y casas ricas de los dichosos se atracan de trufas y faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas, esos rentistas cacoquimios y esos cosecheros ventrudos son los ruines martirizadores. Yo quisiera una tempestad de sangre; yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social. ¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores? Pues maldita sea esa democracia. Eso no es democracia, sino baldón y ruina. El infeliz sufre la lluvia de plagas; el rico goza. La prensa, siempre venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose por culpa de los de arriba: en el hombre, el crimen y el alcoholismo; en la mujer, así la madre, así la hija y así la manta que las cobija. ¡Con que calcule usted! El centavo que se logra ¿para qué debe ser sino para el aguardiente? Los patrones son ásperos con los que les sirven. Los patrones, en la ciudad y en el campo, son tiranos. Aquí le aprietan a uno el cuello; en el campo, insultan al jornalero, le escatiman el jornal, le dan a comer lodo y por remate, les violan a sus hijas. Todo anda de esta manera. Yo no sé como no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo, porque ya debía haber reventado. En todas partes arde la misma fiebre. El espíritu de las clases bajas se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Commune, la Internacional, el nihilismo, eso es poco; ¡falta la enorme y vencedora coalición! Todas las tiranías se vendrán al suelo: la tiranía política, la tiranía económica, la tiranía religiosa. Porque el cura es también aliado

de los verdugos del pueblo. Él canta su tedeum y reza su paternóster, más por el millonario que por el desgraciado. Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la humanidad y la humanidad no los ve; lo que verá bien, será el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva marsellesa que como los clarines de Jericó, destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará cuellos y vientres odiados; las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento; se romperán las estatuas de los bandidos que oprimieron a los humildes; y el cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha!

–¿Pero quién eres tú? ¿Por qué gritas así?

–Yo me llamo Juan Lanas y no tengo un centavo.

El Heraldo de Costa Rica, 17 de marzo de 1892.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Acereda, Alberto. «Las otras miradas de Rubén Darío a Estados Unidos». En: Rocío Oviedo Pérez de Tudela (Editora). "Rubén Darío" en su laberinto. Madrid: Editorial Verbum, 2013.

Ardao, Arturo. *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.

(1986) *Nuestra América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

Arellano, Jorge Eduardo. *Timbucos y calandracas* 4.a edición. Managua: Ediciones Distribuidora Cultural, 2013.

Aristóteles. *La política*. Versión castellana de Nicolás Estévanez, París: Casa Editorial Garnier Hermanos, 1932.

Balzac, Honoré de. *La comédie humaine*. Études *de mœurs. Scènes de la vie politique*. Volumen 12, Paris: Furne, 1846 – citado por Chamoyou.

Barcia, Pedro Luis. *Escritos dispersos de Rubén Darío* (recogidos en periódicos de Buenos Aires), 2 tomos, La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1977.

Bautista, Francisco J. Último año de Rubén Darío. Managua: La Salle - Siglo XXI, 2015.

Bello, Andrés. Carta de Andrés Bello a Miguel Rodríguez. Santiago, 30 de mayo de 1857, en Andrés Bello, Epistolario, tomo 26 de sus *Obras completas*, Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1984.

Bilbao, Francisco. *Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las repúblicas,* París: Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, 1856. Rubén Darío conoce el pensamiento de Bilbao, a quien cita en su artículo «Balmaceda», La Prensa Libre (San José), 4 de octubre de 1891.

Chamayou, Grégoire. *Les Chasses à l'homme*, Paris, 2002 - *Las cacerías del hombre.* Historia y filosofía del poder cinegético, Santiago: LOM Ediciones - Ediciones Trilce, 2014.

Combe, George. "Notes on the United States of North America during a phrenological visit in 1838-1840". 2 volúmenes, London: Longman & Company, 1841 – citado por Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano.* México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

Comisión de investigación histórica de la Campaña de 1856 - 1857. Documentos relativos a la guerra contra los filibusteros, San José: Imprenta Universal, 1956.

Darío, Rubén. «Bibliografía. Historia de la Guerra de Nicaragua», El Porvenir (Managua), 7 de noviembre de 1884 – citado por Diego Manuel Sequeira, Rubén Darío criollo o raíz y médula de su creación poética, Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft, 1945; «Por el lado del Norte», El Heraldo de Costa Rica, 15 de marzo de 1892; «¿Por qué?», El Heraldo de Costa Rica, 17 de marzo de 1892; «La risa», La Prensa Libre (San José), 29 de agosto de 1891 – segundo texto suyo publicado un año después en La Nación (Buenos Aires), el 8 de agosto de 1892, dedicado allá a José Martí; «Bronce al soldado Juan», El Heraldo de Costa Rica, 15 de setiembre de 1891; «La invasión anglosajona. Centroamérica yanqui», La Nación (Buenos Aires), 23 de abril de 1902, en Barcia, Escritos dispersos de Rubén Darío; «El fin de Nicaragua», La Nación (Buenos Aires), 28 de setiembre de 1912, reproducido en el cuaderno n.º 22 de la Colección Ariel (San José), dirigida por Joaquín García Monge, noviembre de 1912; «A Roosevelt», Pandemonium (San José), Semanario ilustrado dirigido por Ricardo Fernández Guardia, año 3, n.º 49, 16 de abril de 1904; "El viaje a Nicaragua" (1909), en Obras completas, t. 3; Prosa política (Las repúblicas americanas), Madrid: Editorial Mundo Latino, 1917 – reproducción de su artículo «Nicaragua», Mundial Magazine (París), enero de 1913; «J. J. Palma», en Máximo Soto Hall, Revelaciones íntimas de Rubén Darío, Buenos Aires: El Ateneo, 1925; Obras completas, 5 volúmenes, Madrid: Afrodisio Aguado, 1950.

Frazier, Donald S. (Editor), "The United States and Mexico at war: nineteenth-century expansionism and conflict". New York: Macmillan Reference USA, 1998.

García de Castro, Ramón. «Rubén Darío y Asturias". Papeles de San Armadans (Palma de Mallorca), n.º 46, 1967.

Gutiérrez, Pedro Rafael. *Darío y Costa Rica en el centenario de Azul.* San José: Universidad Autónoma de Centroamérica, 1988.

Harrison Harrusib, Brady. *Agent of empire: William Walker and The Imperial Self in American Literature,* Athens, GA: The University of Georgia Press, 2004.

Friedrich Hegel. *Lecciones sobre filosofía de la historia universal.* Madrid: Alianza Editorial, 1999.

Hemingway Ernest. «On the Blue Water». Esquire magazine, abril de 1936.

Henríquez Ureña, Pedro. «Rubén Darío» – en Ernesto Mejía Sánchez (compilador). *Estudios sobre Rubén Darío.* México: Fondo de Cultura Económica – Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968.

Hobbes Thomas. *De Cive or The Citizen*, New York: Appleton-Century-Crofts, 1949.

Hobson, J. A. *Imperialism, a study.* London: James Nisbet & Co., 1902.

Hugo, Víctor. *Napoleón-le-petit,* Paris: Nelson Éditeurs, 1931. Chamoyou titula el breve capítulo segundo de su estudio sobre el poder obtenido por medio de la cacería de humanos, «Nimrod o la soberanía cinegética».

Hugo, Víctor. *William Shakespeare.* Paris : Librairie internationale, 1864.

Lenin, V. I. *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Edición original rusa: Империализм как высшая стадия капитализма, Петроград: Zhizn' i znanie, 1917. En el primer párrafo del prólogo a su folleto, Lenin dice que «la obra inglesa más importante sobre el imperialismo, el libro de J. A. Hobson, ha sido utilizada con la atención que, a mi juicio, merece».

Llorente y Lafuente, Anselmo. Edicto episcopal del 22 de noviembre de 1855, Revista de los Archivos Nacionales (San José), t. 4, n.° 9-10, 1940. Esa gente invasora «es el sargazo que el oleaje de la sociedad arroja constantemente sobre las playas de [Estados Unidos] y que tanto baldón echa sobre su buen nombre con ese furor de filibusterismo que lo agita», escribe Francisco S. Astaburuaga Repúblicas de Centro-América: idea de su historia i de su estado actual, Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril, 1857, p. 91.

Martí, José. Carta de José Martí a Manuel Mercad, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, en José Martí, Correspondencia a Manuel Mercado, La Habana y Ciudad de México: Centro de Estudios Martianos - DGE Ediciones, 2001.

Martí, José. «Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias», Nueva York, 2 de noviembre de 1889, texto publicado en *La Nación* (Buenos Aires), 19 de diciembre de 1889, incluido en Periodismo de 1881 a 1892, Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez (editores), Madrid: ALLCA XX - Colección Archivos, 2003.

Martí, José. «En los Estados Unidos», 9 de enero de 1889; «Noche de Blaine», 20 de octubre de 1888; y «El Congreso de Washington», 4 de octubre de 1889, textos escritos en Nueva York – en Periodismo de 1881 a 1892. Véase Thomas Ward, «Martí y Blaine: entre la colonialidad tenebrosa y la emancipación inalcanzable», Cuban Studies, vol. 38, 2007.

Mora, Juan Rafael. «¡Alerta costarricenses! Proclama a todos los habitantes», en Raúl Aguilar Piedra y Armando Vargas Araya (editores). Palabra viva del Libertador. Legado ideológico y patriótico del Presidente Juan Rafael Mora para la Costa Rica en devenir, San José: Eduvisión, 2014.

Obregón Loría, Rafael. *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*, 2ª edición, Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2017.

Pérez, Jerónimo. *Obras históricas completas.* Edición y notas de Pedro Joaquín Chamorro Zelaya. Managua: Fondo de Promoción Cultural BANIC, 1993.

Perkins, Dexter *Hands off. A history of the Monroe doctrine* - Historia de la doctrina Monroe, Buenos Aires: EUDEBA, 1964.

Platon, El sofista o del ser – en sus *Obras completas*, traducción del griego de Francisco de P. Samaranch, Madrid: Aguilar, 1979.

Plauto, Tito Maccio. "Asinaria o Comedia de las asnos", parlamento del Mercader al final del acto II – en Plauto, *Comedias,* traducción de J. R. Brasvo, 2 volúmenes, Madrid: Ediciones Cátedra, 1989 y 1995.

Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América: eso que descubrió Colón.* Barcelona: Lumen, 1991.

Segura, Emilio. «Nuestros intereses materiales: inmigración», *Eco de Irazú* (San José), 10 de noviembre de 1854.

Stiles, T.J. *The first tycoon: the epic life of Cornelius Vanderbilt.* New York: Alfred Knopf, 2009.

Torres, Edelberto. *La dramática vida de Rubén Darío.* San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982.

Torres Caicedo, José Ma. «Las dos Américas». El Correo de Ultramar (París), 15 de febrero de 1857. El poema, fechado en Venecia a 26 de setiembre de 1856, contiene varias estrofas sobre el conflicto causado por la invasión militar del expansionismo esclavista en Centroamérica.

Vanegas, Juan de Dios. *Nacimiento y primera infancia de Rubén Darío.* Managua: Ediciones del Club del Libro Nicaragüense, 1962.

Vargas Araya, Armando. *Juan Rafael Mora y la Guerra Patria. Costa Rica versus el expansionismo esclavista de Estados Unidos (1850-1860).* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2017 (en prensa).

Walker, William . Discurso en una revista de sus tropas en Rivas, El Nicaragüense (Granada), 7 de junio de 1856. Walker «se atrae a todos los aventureros de los Estados Unidos y halaga la vanidad de ese pueblo. […] Según su decir, sus esfuerzos se dirigen a civilizar y americanizar a estos degradados países», señala Astaburuaga, Repúblicas de Centro-América…, p. 92.

Walker, William. *The War in Nicaragua - La guerra en Nicaragua,* escrita por William Walker, 1860, traducida por Fabio Carnevallini. Managua: Tipografía El Porvenir, 1883.

Páginas de Costa Rica sobre Rubén Darío

EXALTACIÓN SERENA[1]

Rogelio Sotela

Acallen su dolor las oraciones;
acallen las campanas su tañido;
canten himnos de paz los corazones,
que en regazo ideal de sus canciones.
el olímpico cisne se ha dormido.

Que irrumpa con los oros de su acento
una heráldica trompa de grandeza
para la exaltación de este momento,
en que el Príncipe Azul del sentimiento
deja el cetro imperial de la Belleza.

Y callad… Sube el fuego de una pira
que asciende gigantesca como un monte
sobre el símbolo rojo de una lira.
No es un pebete místico que expira:
es un cráter que incendia el horizonte.

La visión inebriante[2] se confunde
en un extraño ascenso de cometa
que en lo más alto del confín se funde.

1 Publicado en *Athenea*, X, 3-4 (1 de noviembre de 1919): 82. El poeta lo había incluido en su primer libro de poemas *La senda de Damasco*, de 1918. (N. del E.)

2 *Inebriante*: embriagante. (N. del E.)

Y la cabeza enorme del Poeta
es un monte hecho astro que se hunde.

Después, se apaga todo… Se obscurece
La amplitud silenciosa del desierto.
¡Asombrada la tierra se estremece
y en la hora apocalíptica parece
que el sol cansado de alumbrar se ha muerto!

Callad… Se oye un rumor como de vuelo
En el asombro negro del vacío…
Un claror luminoso rasga el velo
y a golpes de ala piérdese en el cielo
un pájaro inmortal: Rubén Darío.

RUBÉN DARÍO EN HEREDIA[3]

(Mayo de 1892)

Luis Dobles Segreda

I

La carta del buen poeta provinciano, don Luis R. Flores[4], me produjo extrañeza.

«Venga a verme, mi buen amigo Luis, tengo que pedirle un favor. Le escribo porque usted sabe que no salgo de Heredia».

¿Qué podría pasar? ¿Estaba enfermo el poeta?

¿Qué favor habría de poder prestarle yo?

Por telégrafo le dije: «El miércoles iré».

* * *

Lo encontré como siempre: hundido en un viejo sillón de felpa, leyendo.

Es un eterno lector.

—¿Qué quiere usted que haga? Cuando la vida es tan monótona, cuando casi nos ha puesto al margen, cuando nos tiene en abandono, nos acogemos a la lectura.

—¡Pero hablar de abandono todo un señor gobernador!

—Sí, sí, completo.

Y al decirlo se le humedecían los ojos.

---

3 *Athenea*, 6 (15 de julio de 1920): 929-932.

4 Luis Rafael Flores Zamora (1860-1938), poeta costarricense, autor de *Pétalos sueltos* (1931).

Entonces yo iba comprendiendo.

—De casa a la oficina, de la oficina a las calles a ver los trabajos, pero así y todo…

No es la política, no los amigos, no el mundo que lo abandona.

Humo y bulla es todo eso para el corazón del poeta.

El grande abandono que pesa sobre su vida es ese silencio triste que quedó en la casa cuando salió, por la puerta, la negra caja que se llevó a la compañera hasta la ciudad de los cipreses.

¡Y cómo conmueve esto el alma del poeta!

Han pasado muchos años y para él ninguno.

Hay otra vez ruido en la casa y fiesta y alegría, pero él, hundido en el viejo sillón de felpa, es sordo a todo.

Habla de ella como si estuviese presente, repite sus palabras y cuenta sus decires.

—Decía Victoria que…

Y después.

—Una vez estaba Victoria aquí, cuando…

Llenaba ella toda su alma y cuando le dijo adiós, para irse a morder su puñado de cal, el poeta no volvió a probar miel de risas en su boca.

Oyéndole hablar de ella se siente la impresión de que todo ha sido sueño y que Victoria está allí, afanada en el ajetreo de la casa. A cada paso que se oye, en los aposentos vecinos, uno alza instintivamente la cabeza para inquirir y el labio alista el saludo.

—Buenas tardes, doña Victoria.

¡Qué bello poder de amor hay en el corazón de este poeta bueno!

¡Qué rocío tan fresco riega estas siemprevivas sobre el hastío de la vida!

Diríase que el poeta es como un vaso todo lleno con el recuerdo de ella.

Dan ganas de tener mujercita propia para amarla así, como este buen don Luis a su Victoria, con una lealtad que llega más allá de la tumba.

* * *

—¿Por qué escribe ahora tan poco?

—Ni sé… no siento gana de escribir, prefiero leer.

—Pero antes usted era muy fecundo.

—Antes sí, cuando estaba muchacho… cuando la casa estaba completa; la alegría me sonaba en el corazón y cantaba. Mis versos los hacía con ella, los comentábamos juntos y ella decía: «¡Son muy lindos tus versos!» Yo creía que era verdad, porque siempre creí cuanto me dijo, y los haría para que me lo repitiera: «¡Son muy lindos tus versos!»

II

Luego el objeto de la llamada.

—Quería contarle: han venido en estos días unos caballeros, han detenido su automóvil frente a mi puerta.

«—¿El poeta don Luis R. Flores?

»—Para servir a ustedes.

»Los saludos de estilo. La maldita loa a mis versos y luego las tarjetas.

»Pretenden escribir un libro íntimo sobre Rubén Darío. De lo que no saben las prensas, de lo inédito, de lo insignificante y andan visitando todos los rincones donde el poeta vivió y buscando a sus viejos amigos».

—Linda idea.

—Pues lo llamé para eso.

—¿A mí?

—Sí, ellos quieren que yo escriba una página contando lo que vivió Rubén en nuestra Heredia.

—¡Magnífico!

—Sí, pero ya usted sabe… yo no escribo.

—¿Cómo?

—Sí, algunas veces uno que otro verso perdido, pero a la prosa le tengo miedo. ¡Es tan torpe la mía…!

—No diga mentiras para defender perezas.

—Está de más cualquier galantería; yo, que soy amigo de leer, lo conozco.

—Preocupaciones de hombre humilde.

Se ha levantado par callarme poniéndome la mano sobre la boca.

—Quiero que usted escriba esa página.

—¿Yo?

—Sí, yo se la contaré. Nada pasó de raro. Rubén estaba muy triste en esos días y habló poco. Yo no quería decirle nada, esperaba oírlo. Nuestros días de amistad fueron un largo silencio. Callaba él su melancolía, yo mi devoción.

—Cuente, cuente.

* * *

«Tenía Rubén un raro prodigio para verlo todo de golpe.

»Al dejar el estribo del coche ferroviario, sus grandes ojos abarcaron el conjunto.

»—Tu Heredia es una ciudad amable, Luis Flores. Tiene lindas mujeres y un poeta.

»—Gracias, Rubén.

»—Ese vocablo nacional *corrongo* debe haber nacido aquí, nada habrá más *corrongo* que esta aldea.

»Después escribió un lindo boceto y lo iniciaba con esas mismas ideas: *Desde la llegada comprende el viajero que Heredia es una ciudad amable. Empleando un vocablo nacional y gráfico se la podría llamar* corronga. *He visto de pronto sus casas, sus parques, sus iglesias, tiene mucho árbol, muchas mujeres bonitas, mucha gente religiosa…*

* * *

»Esa noche no quiso salir.

»—Poeta —me dijo—, dame asilo en reposo. Que no me festejen… que me dejen descansar.

»Temprano cerró las ventajas de su cuarto.

»—Quiero soñar un rato, Luis Flores, déjenme soñar; y se encerró.

»Los amigos se apiñaban en la sala y hacían charla toda la noche. El poeta paseaba a obscuras su aposento, como un sonámbulo.

»Tarde en la noche abrió la puerta y se asomó.

»—Mis queridos amigos…

»Y los fue saludando a todos.

»—¿Cómo hacen ustedes para permanecer allí con tanta luz…? Mis ojos tienen algo del misterioso fosforecer de los búhos, sondean mejor en la tiniebla y la penetran.

»Todos callábamos.

»—He salido porque se acerca ya la media noche.

»—Faltan veinte minutos.

»—No puedo estar solo en este instante. El diablo viene a asesinar la noche y no puedo ver derramarse en el silencio su sangre negra. Todos los días son malos por eso, nacen de la sombra y del crimen.

»Y siguió diciendo mil ideas raras y confusas, como si se escapara de su cráneo una bandada de cuervos que lo picotearan.

»Flotaba sobre sus sábanas algo como el espíritu de Edgar Poe.

* * *

»Al día siguiente corrimos la ciudad.

»Un detalle le interesó sobre todos: el Fortín. El gran Rubén cruzó los brazos y se quedó en muda contemplación frente al Fortín, por largo espacio.

»—Luis, este lindo torreón debe tener muchos enemigos en tu tierra. Es el más bello sujeto que he visto aquí.

»—Ya han tratado de demolerlo —repuse—, en el gobierno de don Próspero lo condenaron a muerte, pero el verdugo pedía veinticinco mil pesos por la hazaña. Eso lo salvó.

»—¡Qué estúpidos! Tú eres poeta, Luis, te exijo un juramento.

»—Manda, Rubén.

»—Júrame que lo defenderás toda la vida, que mientras estés vivo no lo repellarán, ni lo maltratarán, no lo tumbarán. ¡Que lo dejen quieto! Parece arrancado de un castillo medioeval.

»—Te lo juro.

»—Ten presente que me lo juras; los poetas estamos obligados a defender la belleza a capa y espada. Al fin, como siempre, caballeros del ideal.

»Luego fuimos a la Iglesia del Carmen.

»—¡Bello templo! Parece tener muchos años.

»—No tantos, es del setenta.

»—Pues los que lo hicieron venían muchos años atrás; es también medioeval. Me gusta más por eso. Yo me robaría esos dos santos de piedra que están en la fachada.

»En las naves de la parroquia se detuvo en contemplación frente a dos angelotes de hierro que ofrecen agua bendita en amplias conchas.

»—¡Qué bellos ángeles!

»Yo no comprendía bien su belleza.

»—Mira qué actitud tan justa, tan hierática. El alma de estos bronces traduce un amplio secreto de liturgia. ¡Dan agua para santificar la frente! Qué hermosa forma de servir al pensamiento y al corazón.

* * *

»Esa noche pidióme otra vez reposo y empezó a escribir. Mucho, mucho, sin levantar la mano.

»Corriendo, llenando de rasguños y manchas el papel y haciendo gestos, como si estuviese loco.

»Yo lo miraba desde mi asiento. Después cogí sus cuartillas:

Son los centauros. Cubren la llanura. Los siente
la montaña. De lejos, forman son de torrente
que caen su galope al aire que reposa
despierta, y estremece la hoja del laurel rosa

»Aquí, sobre esta mesa, véala, sobre esta mesilla miserable, escribió su enorme *Coloquio de los centauros.*»

Y el poeta provinciano, acariciaba la mesa como cosa sagrada, como reliquia.

* * *

»Después, otro día de revolver calles.

»Entonces la ciudad era distinta. ¡Ni la sombra de hoy! Yo me sentía apenado.

»—Pues ya ves, Rubén, es una aldea apenas, como tú dices; ni luz eléctrica tenemos.

»—No mientas, Luis. ¿Y esos ojos?

»Lo decía deteniendo del brazo a una guapa muchacha para mirarle los ojos de cerca.

»La muchacha se incomodaba.

»—Más lindos así, cuando se incendian.

»La moza se iba extrañada y el poeta seguía su elogio.

»—¡Qué lindos ojos los de estas mujeres, Luis! Hay mucho sol en el país, pero estas heredianas tienen mucho sol prisionero. Yo no podría vivir en Heredia.

»—¿Por qué?

»—Viviría como un sátiro, persiguiendo mujeres para besarles los ojos.

* * *

»Por fin se fue. Solo tres días estuvo conmigo, ¡sólo tres días!

»—¿Por qué te vas, Rubén? ¿No te asienta el país?

»—Es muy lindo tu país, pero yo necesito vivir y tu país no tiene trabajo para mí. Mi machete es la pluma, hay que buscar dónde hacer la siega. Aunque quisieran estos periódicos pagarme, no podrían; es todo tan chico acá.

»Luego volvía a mirarme con ojos llenos de franqueza.

»—Y tu país huele a Fenicia, es un país de mercachifles.

»Cuando notó que la verdad era cruda, me puso la mano sobre el hombro para consolarme.

»—¿Pero Heredia? ¡Ah! Heredia es suave, cortés, coqueta y rezadora».

* * *

El poeta Flores se queda en un largo reposo y luego exclama:

—Qué negro tan malo y tan bello ese Rubén. ¡Qué diablo de hombre! Escríbales todo eso a los *nicas* que quieren tomar mis impresiones al través de tantos años. Usted tiene una linda prosa llena de…

Entonces soy yo quien le apaga la voz con un abrazo de despedida.

Heredia, Costa Rica, 1920

ALGO MÁS SOBRE RUBÉN DARÍO EN COSTA RICA[5]

Mario Flores

La vida de los grandes hombres siempre atrae. Son ellos las montañas espirituales de los pueblos que cautivan las miradas y electrizan los cerebros. Darío es hombre montaña que, nacido en un país de exuberancia tropical y de mentalidad alta, cruzó la América en constante destello de poesía y fijó en Europa un nombre y una patria: Rubén y Nicaragua.

El poeta, muy joven aun, pasó en Costa Rica una temporada de casi un año. Aquí escribió mucha prosa y mucho verso. Toda esta labor literaria, o al menos la mayor parte de ella, se encuentra publicada en dos tomos que deben su origen al esfuerzo del colector, licenciado don Teodoro Picado, y a la acogida que en las Ediciones Sarmiento le dio el señor García Monge. Pero todavía no se ha hecho un estudio completo sobre la vida del bardo en Costa Rica, un anecdotario, si se permite la expresión. Este trabajo tendrá que hacerse algún día, pues bien vale como reliquia histórica de un país, guardar el tesoro que significa la presencia y el esfuerzo realizado por un ilustre visitante. En este sentido, ya nuestro sesudo escritor, señor Jinesta, nos dio el ejemplo con su obra *José Martí en Costa Rica*[6].

En mi deseo de colaborar en la forma más modesta con los preocupados por el estudio de las personalidades continentales, me he impuesto la tarea de escribir unas cuantas notas —y no de otra manera podrían llamarse las presentes— sobre Darío en este país, por si pueden servir de algo en el futuro a aquel que dedique sus esfuerzos a trabajos de esta naturaleza.

---

5 *Repertorio Americano*, XV, 16 (1934): 255-256.

6 Carlos Jinesta, *José Martí en Costa Rica* (San José: Alsina, 1933). (N. del E.)

Sí puedo manifestar que las anécdotas que se narran son ciertas, pues han sido tomadas en fuentes cristalinas.

Fue en la mañana del veinticuatro de agosto de mil ochocientos noventa y uno cuando, en compañía de su distinguida señora esposa y de su madre política, Rubén Darío desembarcó en Puntarenas, y con le un grupo de escritores: don Pedro Ortiz, don Anselmo H. Rivas y don Enrique Guzmán. Al llegar a este país, quizás Rubén mismo ignoraba que cumplía una misión superior de cultura y de armonía, porque en el destino de los hombres y de los pueblos, los sucesos no son hijos del acaso, sino resultado de una superior ley cósmica. Tan pronto respiró el aire de mi patria, formuló todo un programa de vida que supo cumplir hondamente; este programa se resume en una frase: «Me guiará ante todo y sobre todo el amor a la belleza y a la verdad», dijo el poeta y así fue. Verdad y belleza encierran todas sus publicaciones en nuestras revistas y periódicos.

Aquí sintió el príncipe de las letras americanas la emoción indescriptible de la paternidad, y Rubén Darío hijo brindó su primera sonrisa en la tranquilidad de esta tierra, que también por medio de una de sus hijas llevó a los labios del niño el alimento natural y precioso.

Escritor ante todo y sobre todo; poeta por excelencia, su labor periodística nos lleva a observarlo en sus sistemas de trabajo y a buscar en sus tareas cotidianas algún detalle interesante, pues en los grandes hombres, hasta en los grandes errores resultan de mayor valor que las virtudes de los mediocres, y como dice Ortega y Gasset en su admirable estudio sobre Mirabeau, «es más fácil y obvio no mentir que ser César o Mirabeau». Acerquémonos a su mesa de labor. ¿Dónde estaba esa mesa? Desde luego en algún lugar que no sea una seria redacción de periódico, porque la originalidad riñe con la rutina y es así como nos encontramos con el poeta la mayor parte de las veces conversando con su cantinero en San José, y tomando ajenjo frente a su mesa clásica. Este cantinero a quien quiso Darío se llamó José Aguilar; lo conocí personalmente y él me contó algo que luego relataré.

En amable plática solía pasarse con Aguilar, y muy corrientemente, ya entrada la noche, llegaban sus compañeros de labores a recordarle el editorial o el verso y entonces Darío pedía a su proveedor de ajenjo un papel que era de la peor calidad y allí escribía el poema o la prosa inmortales, los daba al interesado y mientras la imprenta ejecutaba su labor mecánica, el cerebro de Rubén seguía alimentando un sueño azul.

En uno de esos atardeceres cantineros, y probablemente en un intervalo silencioso, vio pasar el bardo a una chica semicampesina, aspecto en apariencia sin interés, pero que logró poner en vibración esas cuerdas dormidas que cuando menos se piensa se exaltan y producen la pasión amorosa, y entonces contemplamos al poeta de los lagos conturbado en sus más recónditos sentimientos, formar un idilio casi infantil con una flor de nuestros campos, en cuya covacha pernoctó repetidas veces, quizás pensando en aquello de «hombre montaña encadenado a un lirio».

Todavía los sobrevivientes compañeros de Darío comentan con delectación las tertulias periodísticas de aquellos tiempos en las cuales departían don Justo A. Facio, don Ricardo Fernández Guardia, Pío Víquez, Ángel Anselmo Guzmán y tantos otros. Parece que en esas reuniones, más que decidor oportuno, resultaba Darío observador profundo.

Este temperamento observador se unía a una grande inquietud por las cuestiones supranormales; hacia ellas era muy afecto Rubén y quizás de los estudios sobre esas osas le resultaba una nerviosidad especial en su organismo. Una anécdota sobre el particular es reveladora: cuando el poeta estuvo en la ciudad de Heredia de temporada en casa de su amigo Luis R. Flores, no quiso aceptar el departamento especial que se le brindara con el objeto de pasar la noche, sino que, al indicársele su lugar, dijo asustado: «Yo no duermo solo, me es imposible». Entonces fue arreglada una alcoba aparente, con oportunidad para dos personas. Al día siguiente —y sin haber podido dormir— le pregunta el compañero a Rubén: «¿Qué le ha pasado, amigo, que mientras dormía ha estado moviendo la cabeza constantemente?» «Nada —repuso

el interrogado—, esa es mi costumbre; siempre duermo moviendo la cabeza, porque siempre sueño…»

Lector incansable, olvidaba a veces a sus compañeros por atender algunas páginas. En cierta ocasión asistía —también en Heredia— a una reunión de amigos en un club, cuando, abandonada y en mal estado, Darío encontró una revista francesa, cuya lectura le interesó tanto que, separándose del grupo, se internó en la casa, a donde lo fueron a despertar de su arrobamiento los amigos, pues él había olvidado su condición de mortal.

En Heredia puede decirse que valorizó algunas de sus construcciones. Por ejemplo, un viejo fortín situado frente al parque central llamó poderosamente su atención hasta el grado de recomendar a su amigo no quitar nunca ese fortín. También contempló largamente unos ángeles de bronce que guardan en la iglesia principal e agua bendita de los fieles. En un boceto que escribió sobre Heredia, hace alusión a esas cosas cuando dice: «Acabo de ver un torreón que parece arrancado de un castillo medioeval. He estado en la nave ce una iglesia donde los ángeles de bronce ofrecen en sus manos hieráticas el agua bendita».

Su ingenio feliz, su facilidad de improvisación, hacían de él un polemista terrible, porque abundaba en recursos de todo género. Un detalle dice de sus posibilidades en este sentido. Cierta vez leía los periódicos en una de esas casas grandes y de corte español, en la ciudad de Heredia, cuando un artículo cortante puso la gota amarga en su espíritu; era un ataque violento contra el poeta, pero que, no obstante su rudeza, no logró romper la serenidad de su altura. No bien había terminado de leer el periódico cuando en un papel ocasional escribió la redondilla que todos conocen y que si mal no recuerdo dice así:

Los que escriben con decoro,
y sin intención proterva,
esos tienen en Minerva
el caso de oro.

Los escritores cazurros
que ofenden, y nos dan ascos,
esos tienen cuatro cascos
como los burros.

Y en esta forma lacónica y contundente, contestó todo un panfleto pletórico de bilis, al tiempo que daba una tremenda lección de cultura a los escritores.

En su temporada «tica» también ocurrió a Rubén un suceso que podría llamarse tragicómico y que recuerda a Cervantes. Fue en la ciudad de Cartago. Asistía Darío a una de esas tertulias corrientes en las sociedades. Derroche de ingenio, también de licor, promesas para el futuro, brindis alegóricos, etc. La noche iba pasando sin sentires, en un ambiente de cordialidad. Ya en las altas horas, cuando la niebla peculiar ponía en gris la ciudad y el frío amorataba los rostros, la concurrencia abandonó su jovial tarea y el poeta fue a recogerse en un modesto hotelito de aquellos tiempos. Tocó la puerta una, dos y tres veces, pero nadie atendió a su llamado; apeló a un guijarro para producir mayor ruido, pero cuál no sería su sorpresa al ver acercarse algo así como un fantasma medioeval, un capote en marcha; cuando la niebla se lo permitió, reconoció Rubén a un policial quien, después de anotar su filiación, lo requiere autoritario por el escándalo que estaba haciendo. En vano trató de justificar nuestro huésped su actitud y aquel «velador del orden», sin mayor miramiento, lo condujo a la reclusión, hasta nuevo aviso. Y sí, al clarear del nuevo día, Rubén Darío miraba tras la reja un amanecer costarricense, tal como mirara también el Manco de Lepanto desfilar el Quijote a través de una celda.

Después de una temporada casi inadvertida para la mayoría de las gentes, partió Darío para Guatemala en mayo de 1892, dejando un reguero de luz en Costa Rica, donde cultivó relaciones con los intelectuales de otrora. La prensa y los hombres de cultura lo despidieron con el dolor de comprender que nuestro ilustre huésped se alejaba porque el medio le era adverso… Y se leen artículos en el

Diario del Comercio, *Heraldo de Costa Rica*, también del doctor Zambrana, Pío Víquez, don Ricardo Fernández Guardia, dando el adiós al hombre que dejó a su paso por el mundo una obra inmortal.

TRES ENCUENTROS CON RUBÉN DARÍO[7]

Roberto Brenes Mesén

Los vientos norteños de diciembre habían comenzado a motear la límpida atmósfera con los abigarrados papalotes que anuncian la venida de la estación más bella del año tanto para los jóvenes como para los cogedores de café. Y nuestros exámenes ya se aproximaban. Por los corredores y los patios del Liceo, los estudiantes reían para disimular sus temores. Una mañana, para su asombro, los mayores escucharon un rumor: nuestros examinadores estaban ahí, un gran orador cubano, Antonio Zambrana, un escritor de El Salvador, Francisco Gavidia, y el nicaragüense Rubén Darío, a quien los periódicos habían recibido con un generoso aplauso.

Todos conocíamos la elocuencia maravillosa de Zambrana puesto que había convivido con nosotros por varios años. El nombre de Rubén Darío tenía para nosotros un inusitado encanto.

El examen fue oral y, mientras aguardaba mi turno, observé la apariencia del poeta que tanto ya admiraba. Llevaba él una levita parda y pantalones de rayas. Unas nítida corbata de lazo hacía resaltar el color marfileño de su rostro. Tenía una perilla cuidadosamente recortada y un fino bigote. Su nariz sensitiva, sus mejillas y su frente le daban un aire de peculiar distinción. Su pelo era negro y ondeado. Ni su tez ni su fisonomía revelaban el indio chorotega que había en él. Sus manos así como sus maneras le comunicaban un aspecto aristocrático. Sentóse él ahí, frente a nosotros, quieto, y aunque no recuerdo sus preguntas, sí recuerdo que no eran demasiado difíciles ni traídas de los cabellos. No hubo discusión entre examinadores. Terminada la prueba, me di cuenta de que la imagen del poeta había quedado grabada en mi memoria.

---

7 *Repertorio Americano*, XLIX, 2 (1955): 26-26. El editor original índica que son «papeles inéditos, envío de Dña. Ana María de Brenes Mesén». (N. del E.)

Poco tiempo después lo vi en una de las calles principales de San José, camino hacia las oficinas de un periódico del cual había llegado a ser coeditor. Le seguí. Vestía el mismo traje con que lo había visto y portaba un bastón. Solo cuando había desaparecido en el edificio, continué mi sendero. Cada día buceaba en los periódicos en busca de su firma. Fue entonces que publicó en una revista de corta duración su bellísimo poema «Blasón», cuya última estrofa contiene ahora un mensaje que antes no tenía y el cual se lo adicionó en 1892 cuando conoció a la señora marquesa de Peralta, en Madrid. Trajo con él un buen número de copias de *Azul*, las que, con gran sorpresa mía, encontré que solo podía comprar en una cantina situada a media manzana de las oficinas del diario.

En la Biblioteca Nacional, solía encontrarlo entre las tres y las cuatro de la tarde, y me sentaba lo más cerca posible de él porque quería conocer los títulos de los libros que leía, ya que cuando leí «La canción del oro»[8] me di cuenta de la amplitud de su erudición. Reconocí las ediciones clásicas de Panchouk, con el texto latino y la traducción francesa.

Un día leí que el poeta abandonaba el país. No lo volví a ver más, pero su imagen formada con todas estas impresiones ha permanecido fresca y vívida.

Unos seis años después me hallaba en Chile. Conocí a un pequeño grupo de hombres de letras que habían tratado personalmente a Rubén Darío y, en una ocasión en que paseaba por la Quinta Normal con dos o tres de estos nuevos conocidos, me condujeron a un lugar a donde el poeta acostumbraba pasar, de vez en cuando, algunas horas solo; era un bello lago artificial en cuyo borde se inclinaba un sauce llorón para dar sombra a una pequeña banca. Me agradó el sitio y lo visité después por cuenta mía. Sobre aquella banca escribí en verso una «Epístola a Rubén Darío». Cuando se publicó, se la envié a Rubén, quien me respondió con una amable carta y con dos libros de poemas con sentidas dedicatorias

8 Se refiere a uno de los textos en prosa, incluidos en *Azul*. (N. del E.)

de sus autores para mí: sus *Prosas profanas* y *Las montañas de oro* de Leopoldo Lugones.

Cerca de diez años más tarde, me encontraba en la línea divisoria entre Costa Rica y Nicaragua. Los presidentes de estos dos países acordaron sostener una conferencia cerca de la frontera para tratar directamente sobre ciertas cuestiones políticas y comerciales que en aquellos tiempos interesaban a las dos naciones.

El Presidente de Nicaragua invitó a un grupo de unos veinticinco a treinta personas: dos o tres miembros de su gabinete y varias personalidades importantes de la política y de las letras. Hizo lo mismo el Presidente de Costa Rica y yo era uno de sus invitados. Pocos minutos después de nuestra llegada, avanzada ya la tarde y antes de la comida, mientras que las personas se dispersaron para explorar los alrededores, Rubén y yo recorríamos de un lado a otro el corredor del este de aquella remota casa de campo. En la distancia, de frente al norte, se extendía el Lago de Nicaragua. Hablábamos de literatura, deteniéndonos en la apreciación de la personalidad de los jóvenes escritores de América y de sus libros. Lo conduje a que hablara sobre sus trabajos y proyectos. Me desarrollo algunas de sus impresiones, que más tarde leí en «Mi viaje a Nicaragua».

Él no era muy conversador. Tenía que asediarlo a preguntas. Su reserva producía su silencio habitual. Pero durante aquella tarde y la mañana siguiente lo pude tratar con frecuencia. Había ya perdido las líneas de la delgada figura que había conocido en 1891. Se había engordado y no conservaba su bigote y su perilla. Sus pómulos chorotegas habían comenzado a resaltar a medida que la carne de sus mejillas había comenzado a aflojarse. Existían en aquel lugar muchas oportunidades para beber copiosamente y él se mantuvo siempre sobrio y distinguido. Cuando nos despedimos en aquella segunda tarde, éramos íntimos amigos.

Pasaron siete años, vivía en Washington, y una tarde del ya avanzado otoño, recibí un telegrama firmado por Rubén Darío, con saludos amistosos y la expresión de su deseo de verme pronto. Le contesté tres días después anunciándole que me encontraría con él

en Nueva York. Así lo hice. Al poco tiempo de haberme inscrito en el Hotel Astor, traté en vano de comunicarme con él por teléfono. Frente al Astor existía un teatro, el Vitagraph, que despertó mi curiosidad. Decidí entrar en él y, cuando estaba apunto de ocupar mi asiento, he aquí que mi vecino de la derecha era Rubén Darío y cerca del poeta se hallaba el orador Alejandro Bermúdez que había venido con aquél para dar una serie de conferencias.

Nos quedamos ahí un rato, luego salimos a caminar por Broadway para tener más libertad para hablar. Acordamos encontrarnos al día siguiente para almorzar en Angelos, restaurante entonces conocido por su cocina española. Los invité a tomar vino —no existía en ese momento la prohibición— y Rubén se negó a tomarlo.

Rubén se hallaba radiante de júbilo. Al salir de Europa le habían propuesto una edición completa de sus obras y él estaba encantado con el tipo, el formato y los títulos de algunos de estos volúmenes, particularmente uno captaba su imaginación: *Y muy siglo dieciocho y muy moderno.*

Alimentaba grandes esperanzas. Había llegado a los Estados Unidos para desarrollar una serie de conferencias que me dieron la impresión de que perseguía dos objetivos diferentes: uno, artístico, el de dar a conocer mejor su poesía; el otro, que debía ser realizado por su compañero, el señor Bermúdez, el de hacer campaña en pro de los Aliados. Puede ser que entendiera mal, pero esa fue mi impresión. Esta vez Rubén Darío se mostró efusivo, tenía fe y entusiasmo en los resultados de su gira así como en el buen éxito de la nueva edición de sus obras completas. Pude apreciar en él una mezcla feliz de madurez y juventud que encubría la flaccidez de su rostro y la creciente redondez de su figura. Sus manos no habían envejecido; solo la lentitud de su marcha revelaba fatiga. Habíase vuelto más sociable, más expansivo, cierta dulzura nimbaba su vida, encarnación verdadera de su exquisito *otoño en primavera.*

El Modernismo fue criatura de una nueva edad en un mundo nuevo. Los últimos años del siglo diecinueve alumbraban ya las profundas transformaciones de ideas y de pasión que habrían de

operarse en la adolescencia del siglo veinte. Se difundía por el mundo entero el divino descontento de las cosas existentes. Artes, letras, ciencia, filosofía, crítica, todo a partir de 1875, experimentó un sacudimiento de rebeldía y renovación. Habría podido decirse que una nueva sensibilidad se desarrollaba, pues que numerosos descubrimientos, invenciones y doctrinas aparecieron durante ese período de veinticinco años. Surgió entonces un Modernismo religioso afirmando la evolución del dogma. El Modernismo en ciencias, una vez descubierta la radiación de la materia, y enunciado el principio de la evolución, se dio a la tarea de renovar la concepción científica del universo. Nuevas ciencias despuntaron.

De modo semejante en la literatura fue el Modernismo una renovación. Ella implicaba un estado de conciencia resultante de un combate interior entre la tradición aprendida y la clara concepción de otras posibilidades artísticas que la tradición inmediata excluía, pero que se justificaba en el fervor de las emociones artísticas a que daba nacimiento una sensibilidad ya exacerbada. La cual, por sí sola, dentro de la tradición producía artistas del tipo de Gautier, o del temperamento de Gutiérrez Nájera, o de José Martí, o de José Asunción Silva.

El Modernismo hispanoamericano fue una liberación artística alcanzada por una superación de la visión interior sobre las limitativas formas heredadas, no tanto por que viniesen de un antiguo patrimonio como porque eran limitativas. En parte el Modernismo fue una resurrección de formas arcaicas, dentro de las cuales se vació e contenido de una nueva conciencia de belleza, de un ritmo de emoción y de sentido que trascendía la música de la palabra. Y en la plena madurez del Modernismo el sentido, más o menos delicuescente y fugitivo, parecía desvanecerse en la armonía de las cláusulas constitutivas de la composición. El Modernismo ha restaurado a la palabra la conciencia de su fuerza de emoción, independiente de todo sentido, por el hecho solo de ser música y por tanto, capaz de suscitar emoción.

En el *Azul* de Rubén asoma ya la sensibilidad del Modernismo; en *Prosas profanas* surge la total sinfonía de la lengua como una incorporación extraña de Hermes, por la sutil significancia, y por Afrodita, por la graciosa sensualidad de la música de la palabra. Marcó, pues, la aparición de Prosas profanas una nueva etapa de arte literario, la más original en el continente hispanoamericano.

Cuando en 1892 Rubén Darío pasó a España, los jóvenes que habían de ser lo que se ha llamado la generación del 98 le recibieron bien, y cuando a causa de los desastres que acabaron con el imperio colonial de España, esa generación volvió los ojos hacia su vida interior para sacar virtud de su dolor, su nueva sensibilidad halló un medio de expresión que era de la sustancia misma de su alma española. Dese ese instante Rubén Darío fue poema portaestandarte del mundo hispánico.

La vida del poeta recibió una constante radiación de lo alto. Sin ella las caídas de su *via crucis* habrían sido mortales, porque bajo las apariencias de su serenidad Olimpia a trechos sangraba «su carne viva». En Rubén como en Poe las horas de arte y los instantes de ensueño se desposaban con las noches de terror o con los días que consagraba a Lieo.

Y esa vida «sensual y sensitiva», bañada de luz de antigüedad y de fragancias de nuestro tiempo es la que el profesor Fay[9] ha visto con amor y narrado con desusada simpatía y comprensión.

Northwestern University, Evanston, Illinois, 1936.

---

9 Brenes Mesén se refiere a Eliot G. Fay (1902-1954), quien dedicó interesantes páginas a la biografía de Darío, en particular de su estancia en Nueva York. (N. del E.)

A RUBÉN DARÍO[10]

Félix Ángel Salas

Rubén Darío: escucha, tu Nicaragua,
tu india virgen, la musa de tu lirismo,
con frecuencia es la nave que rompe el agua
contra las escolleras del despotismo.

Un espíritu sórdido cayó en la tierra,
que inspiró tus estrofas vivas y cálidas,
y eso enciende entre hermanos perpetua guerra
las glorias de otros tiempos son glorias pálidas.

El ídolo de piedra que ha vuelto hombre,
que oprime a tus hermanos y vive y medra
sobre el dolor del hombre pues aunque asombre,
el corazón del ídolo siguió hecho piedra.

Bebiendo de los próceres el fuerte almíbar,
que alimentó los códigos americanos
día a día hay quienes cantan al gran Bolívar
para acabar rezándole[s] a los tiranos.

Desdeñando lo indígena con necio orgullo
y adoptando sistemas y extraños guías

---

10 Fechado en La Uruca, 29 de octubre de 1945. Este texto se extrae de la recopilación *Félix Ángel Salas en la lírica costarricense*, editada por Sonia Rodríguez Quesada (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2008), pp. 209-211.

ha caído cien veces el pueblo tuyo
en las intervenciones y satrapías.

Que más valiera al régimen de criolla capa
que ese medio importado que un día vino
a ver rodar a tiros desde Tiscapa
la cabeza de Augusto César Sandino.

Plugiera a Dios tus cielos de regias lunas
no iluminara nunca rubios mandones,
no vieran los espejos de tus lagunas
levantarse mesnadas de sargentones.

La democracia marcha triste y enclenque,
Judas tiene automóviles y carreteras
y armadas de pistolas, casco y rebenque
se ha visto uniformadas a las panteras.

Ven poeta, que suene tu marcha egregia
en favor de ese pueblo grande y bravío,
ven con tu espada lírica, sublime y regia,
¡oh, emperador del verso, Rubén Darío!

¡Por tu fecundo suelo de nobles cunas,
por la gloria de todos sus Dioses Manes,
por los cristales límpidos de tus laguna,
por el bramido autóctono de tus volcanes!

Porque una paz sincera, fuerte y fecunda
junte a tus compatriotas por siempre vistos,
o en una vida incierta, dura, errabunda
o en un doliente Gólgota lleno de Cristos.

Que el pueblo surja autónomo sobre esa ruina,
que arroje esa loza que así lo agobia,
desde San Juan del Norte hasta Cosigüiina
y desde las Salinas hasta Segovia.

Cantor, junta tus cánticos al canto mío
y ante los Dioses Lares donde oficiaste,
¡oh, emperador del verso, Rubén Darío
roguemos por la tierra que tanto amaste!

RUBÉN DE AMÉRICA[11]

Carlos Rafael Duverrán

1

Escancia ya tu vino, Rubén, el dulce vino
amable, pensativo y antiguo de tu verso.
Y déjame que encienda con su divino fuego
en un cristal reciente, mis labios y mi espíritu.

Estás entre nosotros: para ti no hay olvido.
Algunos han negado lo claro de tu sueño
sin sentir en lo hondo el dolor de tu vuelo,
pero tu luz es alta y es humano tu ritmo.

He aquí que innumerable tus huestes en camino
te invocan y reclaman tu presencia y tu signo,
Capitán de la nueva poesía española.

Con la verdad celeste no podrán ni contigo.
Allá en el sur Neruda y Vallejo enarbolan,
invencible de azules, el pabellón Darío.

---

11 Se han seleccionado tres poemas, de la sección «Rubén de América», de *Vendaval de tu nombre* (San José: Ministerio de Educación Púbica, 1967), libro que su autor subtitula «Poema a Rubén Darío». (N. del E.)

2

Rubén, río celeste,
tu incesante rumor, tu melodía,
el metal donde beben los astros su vigilia,
es dulzura que fluye transparente.
La inmortal armonía de tus signos nevados,
ese dolor fulgente y sonido de fiesta
que se agita en tus aguas elementales, viven,
y el aire de diamante que penetra tu bosque
es eterno, y se mueve por nosotros su luz.

Río celeste y terrestre, tu alfabeto radiante,
el eco de las voces
que en tu lago de cisnes resuenan hondamente,
y esa dulce nostalgia de luces que se apagan
a lo lejos, aún viven y son. Nadie
negará el sortilegio de tus islas celestes,
el grito americano de esperanza salvaje,
las sílabas humanas cayendo en el nocturno,
las duras gotas de tu melancolía…

Si las áureas princesas en abril se marcharon
y en orientales nimbos el alma ya no sueña,
allí quedan los brillos de tu dolor humano,
allí flota el nocturno reino perdido,
la nostalgia de tu alma, ebria de flores,
y el duelo de tu corazón, triste de fiestas.

Oh, líquido dolor, río divino.

3

Padre, danos la rosa
que tú llevaste por el mundo, de aire en aire,
la luz de tu combate melodioso,
los ojos alumbrados por crepúsculos antiguos…

Danos la fe, la luz, la poesía
de cada día. Debes ayudarnos.
En América estamos construyendo:
se crea lo que se puede en medio
del fulgor y la sombra,
en medio de la ola combatida
de falsa luz y abolida grandeza.

Pero la luz más joven necesita el aliento
de sombras estelares para vencer los límites,
para encontrar el alba en sus propias raíces
y regresar cantando a los bosques más vírgenes,
y bautizar los ríos y redimir la llama
del tiempo acumulado,
el perfume salvaje,
la rosa nueva y elemental de América.

Tú debes ayudarnos.
Que en ti vean los jóvenes poetas
cómo creció temblando la semilla en la noche,
se informó de la tierra,
hasta ser árbol, bosque, cordillera nevada,
pasión de las estrellas.

Páginas de Rubén Darío sobre Costa Rica

NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS

No puedo rememorar por cuál motivo dejó de publicarse mi diario, y tuve que partir a establecerme en Costa Rica. En San José pasé una vida grata, aunque de lucha. La madre de mi esposa era de origen costarriqueño y tenía allí alguna familia. San José es una ciudad encantadora entre las de la América Central. Sus mujeres son las más lindas de todas las de las cinco repúblicas. Su sociedad una de las más europeizadas y norteamericanizadas. Colaboré en varios periódicos, uno de ellos dirigido por el poeta Pío Víquez, otro por el cojo Quirós[1], hombre temible en política, chispeante y popular; intimé allí con el ministro español Arellano, y cuando nació mi primogénito, como he referido, su esposa, Margarita Foxá, fue la madrina.

Un día vi salir de un hotel, acompañado de una mujer muy blanca y de cuerpo fino, española, a un gran negro elegante. Era Antonio Maceo. Iba con él otro negro llamado Bembeta, famoso también en la guerra cubana.

Tuve amigos buenos como el hoy general Lesmes Jiménez[2], cuya familia era uno de los más fuertes sostenes de la política católica. Conocí en el Club principal de San José a personas como Rafael Iglesias, verboso, vibrante, decidido; Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, pertenecientes a lo que llamaremos nobleza costarriqueña, letrados doctos, hombres gentiles, intachables caballeros, ambos verdaderos intelectuales. Todos después han sido presidentes de la República. Conocí allí también a Tomás Regalado, manco como don Ramón del Valle Inclán, pero maravilloso tirador de revólver con el brazo que le quedaba; hombre generoso, aunque desorbitado cuando le poseía el demonio de las botellas, y que fue años más tarde

---

1 Se refiere a Juan Vicente Quirós, periodista costarricense.

2 Lesmes Jiménez Ballofil (1860-1917), ingeniero civil costarricense.

presidente también, de la República de El Salvador. Sobre el general Regalado cuéntanse anécdotas interesantes que llenarían un libro.

Después del nacimiento de mi hijo la vida se me hizo bastante difícil en Costa Rica y partí solo, de retorno a Guatemala, para ver si encontraba allí manera de arreglarme una situación. En ello estaba, cuando recibí por telégrafo la noticia de que el gobierno de Nicaragua, a la sazón presidido por el doctor Roberto Sacasa, me había nombrado miembro de la delegación que enviaba Nicaragua a España con motivo de las fiestas del centenario de Colón. No había tiempo para nada; era preciso partir inmediatamente.

BRONCE AL SOLDADO JUAN[3]

¡Bronce al soldado Juan! ¡Música, himnos al Mestizo! Pompa y gloria al «gallego»! Costa Rica celebra al pueblo en el soldado, y al heroísmo en el ciudadano humilde, que murió valiente en trance raro y épico, digno del canto de un Homero indígena, con su antorcha en la mano! ¡Bronce al soldado Juan! Para que vea el costarricense de mañana en su civilización creciente y brilladora cómo eran los que iban arma al hombro, al son del clarín de las viejas campañas, mandados por capitanes que hoy tienen la cabeza, fogueada antaño, llena de canas. ¡Buenos tiempos viejos, caros a nuestros padres! Entonces fue cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como a una fiera invasora; entonces era cuando cantaban en los campamentos los soldados bravos, canciones patrióticas al son de la guitarra que iba sobre el morral del sargento o la chamarra del cabo, para alentar y alegrar con sus cuerdas, en las noches del vivac, a los que luchaban por la patria y la libertad.

Eran los atrevidos combatientes de la guerra nacional; era el momento histórico en que Costa Rica fue el país salvador de sus hermanas de Centro América. Y en una noche, en un instante, de entre los hijos del pueblo, brota una hermosa encarnación del heroísmo, admirablemente a propósito para ser eternizada en una estatua por un escultor fogoso y fuerte, por un artista magistral.

¿Juan Santamaría…? He oído discutir su acción…; que no es de Alajuela sino de Barba…; que era feo, con el pelo erizado, que era un hombre vulgar…; ¡truenos de Dios! Si no hubiera existido sería un sagrado símbolo para la noble patria costarricense! Del estúpido Eróstrato se sabe que existiese, incendiario brutal y desatentado, después de tantos siglos que han pasado sobre su memoria. ¿Ayer no más realizó su triunfo Santamaría y ya habría que discutir su existencia?

---

3 *El Heraldo*, 15 de setiembre de 1891.

Nazca en Barba o en Alajuela, o en San José, lo que brilla es su frente de héroe, ya resplandeciente en una lírica y espléndida apoteosis. La pobre madrecita hija del pueblo como él, y a quien se le dio pensión escasa aunque aliviadora, diría cómo era su hijo Juan Santamaría, «el gallego», «el erizo», el pobrecillo que tiene ahora pedestal de granito para su estatua y una gloria de luz inmortal para su nombre.

Se ha comparado a Juan Santamaría con Ricaurte. Ambos son de sangre heroica, y en la sublime democracia de la gloria, pasan juntos bajo el mismo arco de palmas, ceñidos con los mismos laureles, el capitán gallardo que voló el polvorín y el soldadito atrevido que prendió fuego al mesón.

Cuando llegaron a Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de abril del año 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa , sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, el eco augusto de su bocina de oro. Íbase a arrojar del suelo de Centro América al bizarro aventurero y sus cazadores yanquees; íbase a combatir con ellos y con los nicaragüenses que se unían a los invasores de Guillermo Walker. ¡Así era la campaña nobilísima! Así caminaban los batallones costarricenses, a ayudar al hermano a echar de su casa al filibustero.

La bandera de Costa Rica flamea en una luz de triunfo, en el día que se inaugura la estatua del héroe popular. Quiera Dios que en determinados tiempos y el distintos lugares surjan del pueblo figuras grandiosas, dignas del canto de los bardos y de los monumentos inmortales. Salen de entre los proletarios, del campo o de la montaña. Ya es Tell, el cazador de la suiza, cuyo enorme perfil se pierde entre las vagas nieblas de la leyenda; ya es Aldea, el sargento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro de bronce, que saludarán con respeto y admiración profundísima las generaciones venideras. Estos son los buenos, los grandes, los que no mueren en la memoria de las naciones; estos son los que se cantan en los romanceros y en las epopeyas, los que lucen con mayor aureola

en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de eterna enseñanza, y forman en el cielo de la patria resplandecientes y supremas constelaciones.

¡Bronce al soldado Juan! ¡Músicas e himnos al Mestizo! ¡Gloria al que se sacrificó por la libertad bajo el triunfante pabellón de su tierra! Apoteosis al hombre mínimo, cantado la primera vez por la palabra hímnica y fogosa de Álvaro Contreras, celebrado por los versos de los poetas nacionales, eternizado en el metal de la inmortalidad por el cincel de artífice europeo, y cuyo nombre y recuerdo vivirá por siempre en el corazón de todos los costarricenses.

FIESTA DE LA PATRIA[4]

Fueron a la ciudad de Alajuela, que tiene verdes colinas y bellos montes a su alrededor, los ciudadanos de distintas partes del país, con gozo patriótico a fiesta fraternal y plausible, a ver cómo se descubría la figura de bronce del tambor Santamaría, aquel que le dio fuego al Mesón, allá en Rivas, cuando los yankees, cuando fuimos librados del extranjero invasor. La alegría nacional, la pompa oficial, las marciales músicas, dominaron la hermosa población vecina donde hay agraciadas mujeres, agua saludable y cristalina, sol ardiente y áureo, flores, clima propicio a la salud.

Así se repobló la ciudad, se rellenó de gente; casas faltaban casi donde contener tanta ola humana. Desde la víspera, hoteles y posadas y habitaciones particulares estaban colmadas. Ventura Cordero en su casa de dos pisos, apenas pudo alojar unas cuantas familias. El español Martínez, en su nuevo hotel, hizo prodigios de aglomeración; lo que es decir bastante. Logró atender y servir de la llenura de su fonda.

Todos los que iban a la celebración nacional, arriesgaban en el tren sus personas…; y cada cual temía un descalabramiento.

En esos trenes con sus locomotoras repletas de negros, va siendo cosa de riesgo el viajar, porque casi no hay día en que no se tenga noticia de un mal incidente.

Por fin, he allí que se llega el día en que la estatua se muestra al sol de Dios y a la vista del pueblo costarricense, que va a ver la glorificación y apoteosis del «gallego», del pobre hijo de Alajuela, cuyo nombre es hoy símbolo heroico en los anales de la nación.

---

4 *La Prensa Libre*, 22, 23 y 25 de setiembre de 1891, p. 2.

Allá fueron juntos el botón rojo y la escarapela tricolor, los hombres de uno y otro partido; los de Rodríguez y los de Esquivel[5], todos en un corazón, porque iban a un concurso de patriotas, a una celebración de casa, de hogar, de terruño, de familia; a ver el vencimiento de la idea de la patria, sobre todas las ideas parciales y de cuerpos políticos; a ver a la madre Costa Rica poner bajo solio de inmortalidad al «Erizo» humilde, hijo de la tierra propia, hermano sublime de los héroes legendarios, miembro de la raza común, ser épico y cantado por los poetas, cuya encarnación de bronce, pierde su grandioso perfil en las más luminosas y triunfales auroras de nuestra historia.

El día catorce, de las dos a las seis de la tarde, entraron a la población los militares josefinos, cartagineses y heredianos; entraron con su clarín a la cabeza, llenos de entusiasmo. Y a las ocho de la noche, cuando un enorme florecimiento de luz se extendía por toda la ciudad, cuando de los edificios públicos y particulares brotaba un pintoresco diluvio de claridades distintas, ya de los jarros rosados o verdosos de los faroles chinescos, pintados de grandes rosas rojas, o de grullas pálidas o azulejas, ya de las lámparas de cristal alineadas sobre los frisos, en lo alto de las puertas, o en los marcos de las ventanas por donde se asomaban las niñas; estallaron las músicas marciales, se oyeron las alegres fanfarrias, la explosión sonante y vibradora de cuatro bandas, que bajo el cielo de la noche, comenzaron las tocatas de una magnífica retreta.

Esto era en el parque donde la estatua del héroe estaba aún cubierta por el velo que debía rasgarse en el siguiente día.

Gente, había mucha; hombres, mujeres, niños. Grupos de hombres pasaban conversando; las mujeres sonreían; los niños lanzaban sus carcajadas o compraban dulces; hasta los pobrecitos muchachos de las casas modestas, los compraban riendo a carcajadas, joviales, amables y sencillos, con vestido nuevo.

---

5 Se refiere a José Joaquín Rodríguez (1838-1917) y a Ascensión Esquivel Ibarra (1844-1923), ambos políticos costarricenses, que ejercieron la presidencia de la República.

Los que no se desvelaron tuvieron un súbito y alegre despertamiento, cuando a las cuatro de la madrugada, con la luz del alba, fueron las bandas por la población —mientras sonaban entusiasmando las salvas de los cañones— tocando dianas. La ciudad se despertó con su traje de fiesta, las gentes se echaron a la calle; las damas lindas estaban en las puertas, rosadas al fulgor del sol; y el cielo estaba claro; el tiempo benigno, porque así quiere Dios que la naturaleza contribuya con su tranquilidad, esplendor y galas mejores, a la magnificencia de un santo día de la patria.

Fue a las diez cuando sonó la locomotora, anunciando la llegada de la comitiva oficial. El Presidente de la República, los Supremos Poderes, fueron recibidos con honores correspondientes, en medio de una enorme concurrencia. El general entusiasmo se demostraba. Luego fue el banquete; ¡espléndido y fraternal ágape!

La comitiva oficial estaba allí. Componíanla los Supremos Poderes; el distinguidísimo señor de Arellano, Ministro de S. M. Católica; los altos dignatarios de la Iglesia; Camilo Mora, el simpático y caballeroso amigo, en representación de su ilustre padre[6], de inextinguible memoria, y del general don José Joaquín, uno de los mejores hijos de Costa Rica; y junto con Camino, el descendiente del preclaro general Cañas[7]; después los gobernadores y los munícipes; los cónsules extranjeros; los periodistas; los miembros del Estado Mayor, y el comité municipal de las fiestas de Alajuela.

Las tropas llegaron a la plaza principal. El oro de los galones y el acero de las armas espejeaban a la luz. Después, la comitiva toda se dirigió al parque de la estatua, para que se diese principio a la solemne ceremonia del descubrimiento.

A un son de clarín quedó la plaza en silencio. El señor ministro don Rafael Iglesias comenzó su discurso. Discurso elocuente y

6 Se refiere a Juan Rafael Mora Porras (1814-1860), presidente de Costa Rica, durante la campaña de 1856. (N. del E.)

7 José María Cañas Escamilla (1809-1860), militar salvadoreño, afincado en Costa Rica, quien también participó, junto con Mora, en la campaña de 1856. (N. del E.)

magnífico fue el suyo. Su palabra vibró oportuna y en una lengua de patriotismo y de nobleza, conmovió feliz y ardientemente el ánimo de todos los circunstantes.

Bello fue aquel final, cuando se dirigió a los inválidos, cuando habló a los compañeros del Erizo, cuando hizo descubrir el monumento y apareció el Erizo con su tea empuñada. Fue un formidable grito universal. Las bandas hicieron estallar en trueno nacional y armónico, el himno patrio, vivo y sonoro; las mujeres en los balcones agitaban los pañuelos y buscaban las flores del corpiño; lloraban con ardiente y súbito júbilo, los caballeros de sombrero de pelo y los trabajadores de chaqueta y sombrero de pita; se mezclaban los aplausos y los gritos, al canto militar de los cobres, al ruido de los tambores del ejército, al clamor agudo y vibrante de las cornetas. ¡Y temblando de emoción, los inválidos de los viejos batallones y los soldados nuevos, presentaban las armas!

Los más altos honores se le hicieron al «gallego», en tanto que sonaban con estruendo poderoso, las salvas que daban al viento, los infantes y los caballeros.

Tocábale al presidente del Congreso hablar en seguida, pero el honorable señor Iglesias no pudo concurrir a la magnífica ceremonia por quebrantos de salud. Quien subió a la tribuna fue Ricardo Jiménez, esa encarnación de todo lo que de vigoroso tiene en su espíritu y en su corazón, la generosa y noble juventud costarricense. Habló como Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Fue su discurso magnífica sucesión de períodos marmóreos, incrustados de los más finos metales de su tesoro de pensador; tuvo frases flamantes como banderas de seda; frases hímnicas para la patria común, frases lisonjeras para la provincia del héroe.

A nombre de la municipalidad de esa provincia, pronunció después Marcelino Pacheco un discurso fogoso y patriótico de las mejores producciones literarias suyas. Y luego el aire se pobló de armonía; cantóse por crecidísimo coro, un himno, cuya música fue escuchada como si fuese un cántico de la patria, un peán al vencedor del tiempo y de la gloria, una salutación al coronado por la fama,

y colocado en el pedestal de la epopeya, por la fuerza sacratísima de la eterna y divina Poesía.

Pero antes de que sonase ese himno, un poeta nacional, Luis R. Flores, leyó unos versos extensos y viriles, que fueron acogidos con extraordinarias muestras del más vivo entusiasmo.

Después de la obra musical a que me he referido, y que fue compuesta expresamente para ser estrenada ese día, por el maestro Chaves T.[8], cuyo talento de artista según se me informa, no solamente ha logrado los aplausos de sus compatriotas, sino también los de competentes apreciadores europeos, siguieron dos himnos más, que fueron asimismo escuchados y aplaudidos, ambas obras de mérito, debidas a la inspiración de los conocidos y celebrados artistas Pedro R. Calderón y Gordiano Morales. En seguida rompieron las bandas en un paso doble, de Octavio Morales, y comenzó el desfile del ejército delante de la estatua. Grandemente fue aclamado el cuerpo de inválidos, cuando pasaron estos en marcha frente a la efigie del antiguo compañero alajuelense; gozosa iba la tropa de viejos, cuyas canas se veían blanquear bajo los kepis.

Entre los veteranos iba un ciego, que quiso concurrir él también a la fiesta del triunfo de su camarada Juan, y que para marchar se apoyaba en el brazo del inválido que tenía más cercano.

Ya la comitiva oficial estaba en el Palacio de la Municipalidad, cuando los veteranos llegaron; les recibió el Presidente de la República, y hubo honores y vítores. Y he aquí algo profundamente conmovedor, gentes de valía tuvieron en sus manos los rifles de los antiguos defensores del común hogar, cuando éstos se sentaron a la mese que se les tenía preparada. Los viejos y buenos combatientes, tuvieron allí un rato de la más franca alegría. ¡Reían y conversaban entre ellos, con sus modos expansivos y campechanos, y bebían a la memoria del bravo «Erizo»!

---

8 Se refiere al músico costarricense Rafael Chaves Torres (1839-1907), y a su «Himno a Juan Santamaría». (N. del E.)

A las ocho de la noche el parque Juan Santamaría iluminado con profusión de luz, se veía lleno de gente, que oía la música de las cuatro bandas; y en la plaza principal, poblaban el espacio con sus colores luminosos y sus súbitos incendios los fueros artificiales.

Luego fue el baile.

De San José, de Cartago, de Heredia, habían llegado damas para concurrir a él. Asistió el Presidente de la República. Túvose el mejor tino en el adorno del salón, que es, sin disputa, uno de os más extensos de Centro América. La orquesta, hábilmente dirigida, no dejó de desear. Se bailó hasta la aurora. Con sol nuevo se concluyó el último vals. Los trenes partieron atestados de concurrentes. Y así acabaron las fiestas de la apoteosis del tambor sublime.

CRÓNICA[9]

De los pueblos risueños, del campo bondadoso, del puerto lleno de bullicio y vida, de dar aire y fuerza a los pulmones, de buscar salud y alegría volvieron las familias emigrantes. San José había quedado triste, sin la mayor parte de sus josefinas. Hervía el Limón, repoblado, henchido; el dinero se gastaba allá con furia. Era la cana al aire del año. En las mansiones campestres se organizaron jiras y fiestas. Los pájaros joviales, formaban su bullicio sobre las risas de las damas que se divertían. El baño era en los ríos claros a la luz del sol de la mañana. Las niñas van a la orilla del río, unas a pie, otras a caballo. La que va adelante sonríe a su primo; la que va por último, es rubia, tiene los ojos azules; se detiene de cuando en cuando para hacer un ramillete de flores campestres. El almuerzo en pleno aire es delicioso, cuando en los rizos de las niñas tiembla el agua en diamantes. Todo el mundo es gracioso. Todo el mundo está contento. Se ríe y se come; se dicen ocurrencias chispeantes. Los hombres que llegaron de bañarse de más lejos, dan vuelo a la broma. El que tiene camisa de lana gris, corbata pintoresca y sombrerín de paño, está mirando a la novia, que lleva el ala de pollo fiambre a la boca roja y pequeña. Tras el aperitivo número 8, resuena una salva de apollinaris. Después, cuando el sol pica, a la casa. Pero lo fino es cuando hay baile, y vienen los vecinos de las quintas cercanas. Entre los adornos de ramas verdes, resaltan los buqués, hechos por manos blancas, en el jardín. Los jóvenes charlan y ríen con las animadas señoritas, y cuando el piano echa a volar el wals, ya están las parejas listas.

En el puerto, frente al Atlántico, todo era andar de aquí a allá, siempre llevando la mano al bolsillo o a la boca. La Uvita tuvo su jubileo; y la uva el suyo. Por las calles danzaba el negro, al son de marimba. Los hoteles vaciaban las bodegas en las mesas. Las despensas

---

9 *Revista de Costa Rica,* I, 6 (abril de 1892): 317-323.

pletóricas quedaron tísicas. Todo era caro. Los trenes volvieron jadeantes, cargados con los viajeros. Por las calles de San José vuelven a dejarse ver las preciosas ausentes.

La Semana Santa estuvo… ¡pero Dios mío, si aquí no hay Semana Santa! Se sabe que se está en ella, por la lánguida mirada que da el pescado sobre la fuente, porque no se come carne en la casa, y porque oye uno campanas y no sabe dónde. Es decir, porque no oye las de las iglesias desde el día en que el Cristo muere, hasta aquel en que resucita. Un Nicaragua —mi paisano— me dijo entre nostálgico y afligido: «—Hombré, ¿te acordás de la Semana Santa de León?» ¡Vaya si me acuerdo! Va el domingo de Ramos el Jesús triunfal, bajo palio lujoso, montado en su asno; el prefecto lleva las bridas. San Benito es el del lunes; todo el día para él, y por la noche todo un pueblo le acompaña en su procesión; sobre diez mil luces de cera negra va la estatua del santo negro. El martes San Pedro llora alrededor de la plaza mayor, frente a la vieja, fuerte y chata catedral. El miércoles San Sebastián recorre las calles, cubierto de flechas, amarrado al árbol del martirio. El jueves, a media noche, al eco de las trompetas, va el Cristo prisionero; después que ha visto la población la urna de oro en donde va el lignum-crucis. El viernes pasa el entierro del Justo; tras él las caudas sacerdotales, soldados y cañones del Gobierno; en tanto, toca que toca, en la torre de las grandes campanas, se desgonza la matraca. El sábado se canta gloria, se oye en el campanario el bronce, frente al cuartel el cañón, y por todas partes, cohetes, bombas y balazos. El domingo, Jesús resucita, y el lunes ¡todavía otra procesión! Se va a los cielos, camino de la iglesia del Calvario. «Hombré, ¿te acordás de la Semana Santa de León?» Amigo mío, ¿ya ve usted que no se me ha olvidado aún?

Resumen de la que acabamos de ver aquí: unas cuantas tristes procesiones; poco fervor; y la fama de los beefteacks y aves fritas de los hoteles, en los días en que manda riguroso ayuno la Madre Iglesia Católica.

* * *

Y a propósito de… cañonazo, ¡qué lástima nos da de los que se han quedado ayunos de armonía, de los que no han asistido a los conciertos O'Leary o Mollenhauer! Las graciosas artistas lo son por complexión, por temperamento. Las hadas aquellas de la cuna que te dan citadas ya no quieren salir de mi tintero, les ofrendaron el precioso don con que hoy encantan y entusiasman. Al oírlas, no pude menos que recordar los versos de un poeta, íntimo amigo mío, a quien no he citado nunca:

Va la manita en el teclado,
como si fuese un lirio alado
lanzando al aire la canción…

Hacen cantar el piano. Ese instrumento burgués y amenazador, se convierte por la maravilla de la ejecución, por el talento de esas niñas, en una caja de música divina.

Lo que hay mejor en esas gemelas del arte, es el gusto, un gusto exquisito. Ambas lucen una corona de perlas en la aristocracia de la música. Los grandes maestros de Alemania son sus preferidos. ¡Sus dos almitas adolescentes van arriba, muy arriba! Las habría querido el padre Wagner. De Beyruth viene el viento armonioso que agita la cabellera oscura y espesa de estas costarriqueñas. La una tiene catorce años. La otra tiene quince años.

Y este mes ha sido para los amantes de lo bello. Hemos tenido la dicha de ser visitados por dos maestros, por dos artistas de fama crecida y justa: los violinistas Mollenhauer. Eduardo es un veterano. En la batalla se ha emblanquecido la cabellera. Guillermo es el hijo, un joven de largos cabellos negros, nervioso, delgado, en el cual se ve la posesión del «deus». Ambos se adueñan de un auditorio; ambos tienen arcos mágicos; sus violines avasalladores tienen el prestigio de lo maravilloso. Sus conciertos fueron triunfos. El público ¡no todos gustan del vino del Rhin! no fue tan numeroso como era de esperarse. La prensa sí cumplió con su deber, les colmó de aplausos, les ofreció su homenaje. Pedro Ortiz, el severo e impecable, se decadentizó al

influjo armónico: me dedicó en el *Diario del Comercio*, una lámina de plata, incrustada en finos mosaicos. Le doy de paso las gracias. En conclusión, los Mollenhauer han sabido dejar en Costa Rica bien plantado el árbol de su recuerdo. Cuando querramos gozar con el eco de sus armonías cortaremos de ese árbol una flor.

* * *

Una flor no, dos coronas de ciprés quedarán en el fin de esta crónica, a la memoria de dos varones ilustres que acaba de perder Costa Rica.

Por el uno se enlutó la Patria; por el otro la sociedad. El doctor José María Castro, es el uno: patricio, padre de la República. El otro es don Ernesto Rohrmoser, caballero entre los caballeros, noble y generoso corazón, hombre de alma límpida, joya social. Ambos fueron llorados y lamentados. Si Costa Rica tuviera su Pantheón, estarían hoy bajo el glorioso techo, entre fúnebres guirnaldas, silenciosas, benditas, las dos tumbas.

HEREDIA[10]

Desde la llegada comprende el viajero que Heredia es una ciudad amable. Empleando el vocablo nacional y gráfico, se le podría llamar *corronga*. He visto de pronto sus casas, sus parques, sus iglesias; tiene mucho árbol, muchas mujeres bonitas, mucha gente religiosa.

La religión y la belleza reinan en Heredia, junto con la hospitalidad. Acabo de ver un torreón que parece arrancado de un castillo medioeval. He estado en la nave de una iglesia, donde los ángeles de bronce ofrecen en sus manos hieráticas el agua bendita.

La basílica del Carmen, con su graciosa elegancia, no puede menos que agradar al artista.

Heredia es suave, cortés, coqueta y rezadora. Con su ambiente sano y su población tupida, y su café. Heredia es la señorita rica, que desde su provincia reina y vence. No tiene luz eléctrica, ¡pero los ojos de las estrellas la favorecen tanto! Y luego los de estas encantadoras heredianas que poseen las más adorables pupilas que es posible encontrar en el mundo.

El trabajador tiene aquí su morada. Es de aquí en donde cantidad harto considerable se exporta el grano de oro del «arbusto sabeo».

En el pueblo herediano se encuentran los robustos y sanos mozos, las muchachas campesinas de caras rosadas, los viejos labradores, honrados como patriarcas y ricos como pachaes de los cuales se hallan ejemplares pasmosos en el pueblo santodomingueño.

De noche, en el parque, se encuentran parejas envidiables, en los bancos, cerca de la fuente en donde canta el agua. Una banda se oye a lo lejos fanfarriando alegremente. Las torres se destacan sobre un hermoso cielo apizarradamente opaco. No hay casi una ráfaga de viento que mueva los ramajes de los grandes árboles.

---

10 *Diario del Comercio* (San José), 9 de marzo de 1892.

A través de los vidrios de los balcones, en las casas cercanas, brota en anchas y pálidas franjas, la luz. El poeta Luis Flores me hablaba de una divina esperanza ideal, en tanto que oigo reír cerca de mí, a una locuela de quince años.

Este boceto instantáneo será después un cuadro.

Lo que es hoy, noto una quietud monacal y somnolente que empieza a invadir la ciudad. Son las diez. ¡Buenas noches!

6 de marzo de 1892

JORGE CASTRO FERNÁNDEZ: *REQUIESCAT*[11]

I

No es el viejo verso griego que habla de los que mueren jóvenes, lo que hoy traigo a mi memoria; sino la ley misteriosa y oculta del karma búdico, con toda su profunda fatalidad. Siempre vemos desaparecer los seres brillantes y fuertes, siempre que nos abisma la noche de la tumba al derramar sus tinieblas sobre algún espíritu que empieza a resplandecer —el eclipse en el orto—, nos sentimos sobrecogidos. Los que creemos en algo, temblamos con harta justicia: de continuo el negro sagitario tiene el arco puesto en comba, y apunta a nuestro costado la implacable y certera flecha. ¡Lívido espanto! ¡Horror del desconocido sueño! El Jehová de la Biblia habla al trágico Job y le dice: «¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte y has visto las puertas de la sombra de la muerte?»

II

No hace mucho tiempo conocí a Jorge Castro Fernández, raro espíritu que tenía todos los entusiasmos y generosidades de la juventud, y ninguna nube negra en el cielo azul de su vida. Nacido en Costa Rica, hijo de un ilustre patricio, había estudiado largo tiempo en las universidades de los Estados Unidos y Europa, donde adquirió una carrera. En Guatemala, le hemos visto de secretario de la Legación que presidía su egregio padre. Retornó al país. Luego —¡esto ha sido un soplo!— fue a Panamá y murió.

---

11 Tomado de *Semblanzas*, tomo xv de las *Obras completas*, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo (Ávila: Biblioteca Rubén Darío, 1927), pp. 153-156. Fue escrito cerca de 1901. (N. del E.)

Yo le lloro porque le amé mucho y fue mi amigo; porque nuestras almas se juntaron en la adoración de unos mismos ideales; porque pude conocer la limpidez, y el resplandor y el vuelo de aquella inteligencia, y la sanidad, frescura y nobleza de aquel hermoso y bravo corazón. Era un alma del más bello oriente. Apasionado y soñador, tenía algo de apóstol y de poeta. En Francia oyó a Renán; en Suiza se incorporó a su valiente y ardorosa juventud. Idealista convencido, fue amigo de estos tres escritores y propagandistas, quizá visionarios, tal vez perseguidores de la verdad: la baronesa Adelma de Vay, Sinnet y Papus[12]. ¿Quién puede asegurar bajo el sol que es dueño de la luz?

Partidario de esas poderosas doctrinas que hoy sostienen la mayor parte de la juventud europea —el consorcio íntimo de la ciencia y de la religión, el estudio de la naturaleza, la perfectibilidad progresiva del ser humano—, Jorge tuvo a veces que sufrir los juicios duros y burlones de los que, apoyados en su ignorancia o en el escepticismo, combatían sus teorías y principios. La afición de Jorge a los estudios filosóficos y teosóficos fue fomentada en Europa principalmente, por sus tres ilustres amigos que he nombrado arriba.

Estos países pequeños de la América Central, no eran por cierto centro adecuado para un hombre como el que hoy lamento. Hombre joven, vivaz, lleno de aspiraciones, ilustrado, ardiente, decidido, no podía hallar aire para su vuelo sobre nuestros fangales políticos de liliputienses y de mercantilismo estrecho, en medio de una eterna y cerrada opacidad intelectual.

Era abogado; ¡aquel pensador! Conocía la tierra dura y seca sobre que caminaba; mas sus alientos espirituales le libraban de las espinas de su tierra, y le llevaban muy arriba, siempre arriba, sobre el amor de los astros: en sus contemplaciones hallaba una dulce y consoladora serenidad. Ha muerto.

---

12 Adelma de Vay (1840-1925), Alfred Sinnet (1840-1921), Papus, seudónimo de Gérard Encausse (1865-1916), renombrados ocultistas de la época. (N. del E.)

Tengo la seguridad de que al morir no ha sentido la separación de su planeta. Su fe y su ciencia, le ofrecen una apoteosis y un triunfo, en lo que para casi todos los mortales es misterio, sombra, nada.

Ha muerto en los brazos de su amigo íntimo Eloy Alfaro. El alma heroica ha visto partir al alma lírica y triunfal del joven soñador.

III

Descansa, hermano, en la tierra.

Descansa en los brazos de la maternal y fecunda Deméter.

Descansa de los huracanes de la vida.

Descansa de la envidia, de los humanos odios, de las calumnias que atisban y hieren.

Descansa de la sangre y del oro.

Descansa de las injusticias y las tiranías.

Descansa de las infamias y de las negruras del mundo.

Descansa en paz.

(ca. 1901)

EL POETA DE COSTA RICA[13]

Costa Rica tiene el espíritu más ordenado y pacífico de todas las cinco repúblicas de la América Central; Costa Rica tiene sangre gallega; Costa Rica tiene un notable diplomático en Europa que se llama el Marqués de Peralta; Costa Rica tiene el mejor teatro de aquellas regiones; Costa Rica tiene la Corte Suprema de Justicia Centroamericana en la ciudad de Cartago, y un edificio que le regala Carnegie; Costa Rica tiene un tranquilo pueblo de agricultores; y Costa Rica tiene un poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar se llama Aquileo J. Echeverría. Este poeta ha sido empleado público, militar, diplomático, periodista. Yo le he conocido hace ya muchos años, cuando era ayudante del presidente Cárdenas, de Nicaragua. En Washington, donde perteneció a la legación de su país, fue íntimo amigo de un distinguido argentino, el señor Atwell. Ha gustado siempre de la vida social y no ha andado muchas veces lejos de la vida del país de Bohemia. Su indestructible pasión fueron las amables musas. Después de errar en varias repúblicas centroamericanas, retornó a su país y se casó y, como en los cuentos, tuvo muchos hijos. Su carácter, siempre jovial, siempre alegre, se opuso a los persistentes golpes de la mala suerte. Sus dones intelectuales se fueron aquilatando con los años, pero el hada Carabosse que, como es su costumbre, había aparecido ante su cuna en los instantes en que otras hadas le dotaban con muchas cosas buenas, le hizo el poco grato obsequio de la mala salud. Y he aquí por qué, cuando escrito estas líneas, se encentra el Poeta de Costa Rica en un sanatorio de Barcelona. Ha venido a Europa, por una disposición especial del Congreso de su país, en la cual, como sucede siempre en esos casos, se hace saber oficialmente y sin eufemismos, que es poeta y que es pobre. Desde su

13 Rubén Darío, «El poeta de Costa Rica», prólogo a Aquileo J. Echeverría, *Concherías* (Barcelona: Imprenta Elzeviriana de Borras y Mestres, 1909): 7-12.

lecho de enfermo, prepara en la Ciudad Condal una nueva edición de sus versos el sentimental e ingenioso autor de *Concherías*.

¿Qué significa la palabra *conchería*? El distinguido escritor costarriqueño señor Brenes Mesén nos lo explicará. «Aunque la palabra *conchería* es bien inteligible para los nacionales, no estará de más indicar que en Costa Rica, de unos ocho años para acá, se llama *concho* al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una conchería es una acción, o una expresión propia de un campesino». Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su país. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro o de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terruño como las flores y los frutos autóctonos. De más decir que Echeverría no ha tenido nada que ver con princesas propias o ajenas; no ha contribuido a hacer odioso el alejandrino, no ha demostrado jamás ningún rastacuerismo lírico ni se cree un pistonudo genio. Tiene —¡ah, tener eso todavía, Dios mío!—, tiene un corazón. Un corazón armonioso, sensible y lleno de alegría y ternura. Ha sufrido las terriblezas de la escasez y está padeciendo las amarguras de la enfermedad y, sin embargo, no hay en él un solo instante de pesimismo, y como buen pájaro natural dice su decir rítmico celebrando las cosas lindas de la vida y despertando la sonrisa en los labios de los que escuchan su música risueña.

En pocas palabras sintetiza su valer uno de sus amigos, Antonio Zambrana: «No padeciendo o afectando enfermedades forasteras, no enclenque y canija, no vistiendo trapos de París manchados de vino, sino fresca y coloradota, la musa de Aquileo nació en Cot, o en Barba; sobre eso puede haber disputa, y es muchacha alegre, honrada, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. Aquí tienes, amigo lector, algo no solo de la raza, sino de la tierra, algo genuino, espontáneo y sin careta; hombre que a otros no les empresta la lira, contentándose a veces, para su música, con una flauta de caña hueca; pero hecha por el material de nuestros bosques. Imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si conviene; ingenio peregrino, verba sonora y abundante; hay uvas de lo mejor de Andalucía y naranjas de aquí, con semilla de Valencia, en el plato que te presento; regala tu paladar y sé agradecido». Sí, puro, espontáneo; ciertamente, conténtase a

veces para su música con una flauta de caña hueca hecha por él del material de nuestros bosques. Pan hacía lo mismo, dirá él. Su verso es bien modulado, y aunque diga cosas de la patria nativa, demuestra su descendencia clásica, la fuente original de donde ha fluido el admirable y bien sonante romancero castellano.

Echeverría habla bien su lengua patriota. Para Rafael Obligado sería el numen de Aquileo simpático como su apellido. Y yo aprovecho la ocasión para decir cuánto me encantan los poetas que como el árbol de su floresta dan la flor propia. Mi vida errante explicaría mi cosmopolitismo de antaño; y mi exotismo el ansia de lo deseado.

Otro escritor, compatriota de Echeverría, dice: «Quien conozca nuestro pueblo y su lenguaje expresivo y sencillo; quien haya vivido nuestra vida y fortalecido el cuerpo enfermo con las emanaciones suaves de esta tierra, quien haya puesto su alma en contacto con esta naturaleza soberbiamente prolífica, tranquila y bella, no dejará de leer con amor los versos de este libro, porque de todos ellos se desprende el valor fortificante de nuestro suelo». Así ha sucedido, pues, ningún otro poeta en Costa Rica tiene como él tantos lectores, ni tantos afectos conquistados.

Yo conozco la tierra de Echeverría. Los campos son fecundos y risueños. Si en las costas quema la furia solar del trópico, en el interior el clima es fresco y la vida apacible. Los campesinos tienen casi todos tipos europeos. En montes y campañas podréis hallar incultas bellezas, de hermosos rostros y voluptuosos cuerpos. Si he visto en San José, la capital, damas incomparables y mozas de la cofradía del diablo que en París hubieran sido unas bellas Oteros, pude admirar en mis excursiones, mujeres e hijas de agricultores y carreteros, el rosado pie descalzo y la cabellera al aire, y para galantear a las cuales habría yo solicitado de mi amigo Aquileo algunas de sus gratas concherías.

Fijaos en la primera parte de su libro.

Desde luego, no estamos aún escuchando la parla de los conchos. Ese romance revela su origen castizo y suena a España. Lo propio que cuando dice sentires de hogar y casa paterna, o cuando

planta un tipo netamente popular costarriqueño al modo con que los maestros españoles nos han dejado la figura de los jaques andaluces o de los chulos madrileños. Qué deciros si hasta de pronto aparece el recuerdo del sencillo helenismo de aquel honesto don Juan Meléndez Valdés? «Es Clori, la esposa / del Céfiro amante…»[14].

Ni las anacreónticas ni los romancillos son del poeta que he querido hoy celebrar, sino las gallardas, las nativas, las valerosas concherías, en las que se encuentran, según las palabras del ya citado señor Brenes Mesén, «aliento fresco de los montes, respiración sana de ternezas al levantarse la aurora, risas del campo cortando la tranquilidad de las horas…». Los usos y costumbres del buen pueblo de Costa Rica, sus preocupaciones y sus supersticiones, algunas heredadas de los tiempos coloniales, sus maneras de divertirse, de pelear, sus duelos y sus negocios, todo dicho con sus provincialismos, con sus giros antigramaticales pero semejantes a los de algunas regiones de España, todo ello se encuentra en los versos de Echeverría. El señor Brenes Mesén considera eso de importancia para los filólogos extranjeros. «No se le dan bien disecado en un diccionario, sino viviente, tibio, como si se tomase de los labios mismos del pueblo. La transcripción se ajusta, tanto como es posible para no chocar demasiado con los hábitos existentes, a la verdadera pronunciación popular. Allí está justamente la importancia. Las palabras que los gramáticos han condenado como impropias, son con frecuencia arcaísmos, y en todo caso se nos ofrece la oportunidad de ver que las leyes fonéticas que precedieron a la formación de la lengua castellana, siguen ejercitando su influencia a través de la distancia y los siglos. Si desde la época anteclásica vemos que la *r* final de los infinitivos se asimila a la *l* de los sufijos, y así lo observamos en *Concherías*, necesario será concluir que la vida de nuestra lengua posee pujanza extraordinaria, y que allí donde se encuentra la libertad de hacerlo, se desarrolla tan fuerte como en los primeros años de su aparición en la península ibérica. Entre vocales la síncopa de la *d* fue ley constante, y así

---

14 Versos tomados del romance «El cisne de Lesbos», de las *Concherías*, de la página 38 de la edición de 1909.

subsiste en nuestro lenguaje popular, que la suprime indefectiblemente de los participios de la primera conjugación. La elisión de la *o* y de la *e* delante de palabras que principian por vocal, también la observaron los castellanos, y es ley dominante en la lengua tica y americana en general». Ticos se llama en Centroamérica a los habitantes de Costa Rica. Desde luego, demás está decir que para comprender algunas de las poesías de Echeverría se necesita un vocabulario especial como sucede en casos semejantes, así sea un soneto de Pascarella, un poema de Jehan Rictus, una página de Bill Nay o de Fray Mocho.

Leed los romances campesinos o criollos.

Decidme si en lo que comprendéis de esa relación y de sus diálogos, al lado de algo baturro, gallego o andaluz, no recibís la taimadez y la picardía gauchescas, que el argentino Álvarez y otros han hecho perdurar aún después de la casi desaparición del gaucho. Hay otras poesías de Aquileo Echeverría en que eso se demuestra más claramente, y ello podrá comprobarlo quien lea su ameno libro.

Yo debo declarar que si en sus poesías de sentimiento me conmueve tanto como el murciano Vicente Medina —a quien tan admirablemente ha seguido una poetisa también de Costa Rica, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos[15]—, en los cuentos y descripciones criollas, aun en las que casi se dirían trabajos de folclorista, me perfuma y melifica el humor, me brinda el impregnable regalo de la risa, de la honradez literaria.

Y queda agradecido el paladar después de saborear la miel aromada de los frutos de la tierra.

---

15 Darío quiso indicar, casi sin duda alguna, el nombre de Rosa de Chavarría, quien había pasado por autora de *Nómadas* (1904) y de *Orquídeas* (1904). Es verdad ya bien demostrada que su verdadero autor fue el poeta costarricense Lisímaco Chavarría (1878-1913). (N. del E.)

COSTA RICA[16]

Es Costa Rica una de las naciones más pacíficas del continente americano y una de las más laboriosas, de gobierno mejor organizado, y donde las prácticas republicanas se cumplen con mayor escrupulosidad. La entrada y salida de sus gobernantes siempre se efectúa según la Constitución y la voluntad, sentando con ello el país, en la agitada vida política de Centro América, precedentes ejemplares para el resto del ramillete de nacionalidades istmeñas. Así lo reconocen todos los pueblos; y los Estados Unidos de Norte América, recientemente, por boca de su Ministro de Estado, Mr. Knox, han tenido conceptos encomiásticos al contestar una brillante oración diplomática del presidente, doctor Ricardo Jiménez.

El territorio costarricense tiene una extensión de 50.000 kilómetros cuadrados y, después de la República de El Salvador, es el país más pequeño de Centro América. Después de la independencia, el mapa del país no ha tenido alteraciones importantes, pues aunque Colombia por el sur, y después Panamá, han ocupado cortas zonas, por el norte, en cambio, ha tomado incremento, adquiriendo la provincia de Guanacaste. La población de esta provincia, en el año de 1824, consiguió su anexión a Costa Rica, separándose de Nicaragua.

A la magnífica situación geográfica del país, que ocupa el centro del continente, y a la feracidad de su suelo, en que todo se produce, debe su nombre simbólico, que merece por todos conceptos. Lo mismo que los otros territorios centroamericanos, Costa Rica ofrece los más bellos paisajes y la más robusta y variada vegetación a los ojos

---

16 Tomado de Rubén Darío, *Prosa política: las repúblicas americanas* (tomo xiii, de las *Obras completas* (Madrid: Mundo Latino, 1917), pp. 197-208, según la edición de Alberto Ghiraldo. Darío redactó estas páginas cerca de 1912. (N. del E.)

del viajero. Un sistema montañoso coronado por grupos de volcanes en el norte, y que alcanza por el sur a la línea de las nieves eternas, atraviesa toda su longitud, desde el río San Juan hasta los montes panameños de Chiriquí. Ese sistema montañoso se dilata en el centro y forma la ancha meseta por donde se cree que en remotas épocas confundieron sus aguas los grandes mares. Por las dos vertientes de la cordillera bajan aguas en abundancia, que van a bañar las tierras de labores a uno y otro lado. En la costa del Pacífico, en el golfo de Nicoya, se agrupan islas fértiles como la de San Lucas, en la cual está situado el establecimiento penal que lleva el mismo nombre, y como la isla del Coco, a que se refiere la tradición, y donde se cree que existe un tesoro dejado por piratas ingleses en tiempos ya remotos.

A pesar de su pequeña extensión territorial, Costa Rica tiene todos los climas, desde el de las regiones ecuatoriales hasta el templado y frío de las sábanas y cumbres andinas. Las costas del Atlántico y del Pacífico son de temperatura ardiente, pero la capital, San José, y las ciudades de Heredia, Alajuela y Cartago tienen clima saludable y frío. El litoral del Atlántico, por bajo y húmedo, fue hasta hace pocos años refractario al desarrollo de las poblaciones, pero los cultivos y un sistema de saneamiento moderno le han hecho habitable y propicio al progreso. La fiebre amarilla y otras enfermedades de las tierras calurosas y desaseadas, desapareció de Costa Rica por el celo de sus gobiernos más recientes, que invirtieron fuertes sumas de colones en el saneamiento general. Ahí está Puerto Limón en el Atlántico, que es ya una ciudad floreciente y próspera.

En la variedad de climas de que he hablado, la fauna y la flora costarricenses constituyen una riqueza espléndida. País de eterna primavera, a la europea, no tiene otra variación que la de siete meses de lluvia y cinco de sequedad. Según varios naturalistas experimentales, hay pocas zonas en el mundo que cuenten con la variedad de especies vegetales de este país. El árbol de caucho, ese oro vegetal, abunda en las selvas; las palmas alcanzan alturas de 300 pies; la planta del cacao es casi natural, y finas maderas como el *palo de mora*, la caoba y el cedro llenan los espesos bosques.

La extensión del reino animal está en consonancia. En el Museo de Washington, por ejemplo, estaban clasificadas en el año de 1885 más de 700 especies de aves, número que pasa y dobla al de toda Europa.

Por sus condiciones climatéricas y por su suelo, es Costa Rica un país, más que todo, agrícola. Su producción de maderas, caucho y café, desde los tiempos de la independencia, constituyó su fuente principal de comercio, fuente que hoy cuenta con inmensos cultivos de plátano, exportado en barcos especiales de una poderosa compañía frutera a los principales puertos norteamericanos y europeos y, además, con productos de gran valor como plantas textiles y medicinales, arroz, frutas, del trópico en general, caña de azúcar y cacao.

En cuanto a la minería, esta alcanza cada año mayores proporciones. Se han formado sociedades poderosas con capitales del país y extranjeros, que extraen plata, oro, cobre. La explotación de este último metal se realiza desde los primeros años de la pasada centuria, y hoy cuenta con establecimientos montados por la ingeniería moderna en las minas de Abangares y del Monte del Aguacate.

Refiriéndose al comercio, dice un distinguido cónsul de Costa Rica, el sr. Elías Leiva Q.: «Los datos referentes al comercio nacional acusan una pujanza productiva, excepcional en países de escasa población como este. Se ha allegado a exportar allí, en solo productos del suelo, más de 19 millones de colones (ro nacional de 24 d.), o sea, un promedio de 65 anuales por habitante. Tomando el movimiento comercial den conjunto, resulta que el país puede exhibir un promedio por cabeza de 100 colones, que es mucho mayor que el de los demás países de Centro América, y solo inferior en América al de Argentina, Cuba y Uruguay. Este comercio se hace en su mayor parte con los Estados Unidos y Europa, y muy principalmente con Inglaterra, y por el principal puerto de la república, en el Atlántico, el puerto de Limón, que está a seis horas de ferrocarril de la capital, y que es, después de Colón, el primero de la América Central por este lado de la costa. El Estado se proporciona sus recursos con el producto de la renta aduanera, y con el de algunos impuestos como

el del timbre, registro de la propiedad, alcoholes, patentes para la venta de los mismos y del tabaco, venta de tierras baldías nacionales, etcétera. La renta de las aduanas forma el cincuenta por ciento de las entradas generales, lo que acusa un progreso muy halagüeño en el comercio de la república. El total de las entradas fiscales alcanza a más de 9.000.000, oro nacional, con los cuales el Estado atiende a los servicios públicos, pero muy pronto se verán aumentados esos proventos con el nuevo impuesto que grava la exportación de la banana, que está en su mayor parte en manos de una compañía extranjera, la United Fruit Company. Con él se espera atender al servicio de las deuda externa e interna, que hoy ascienden juntas a 18.000.000, y que en los últimos años se habían descuidado mucho por la crisis financiera que, por causa de las malas cosechas en el café y de su bajo precio en el mercado europeo, ha tenido que sufrir el país».

El sistema monetario de Costa Rica es a base de oro. La unidad lleva el nombre de *Colón*, equivalente a 778 miligramos de oro de 900 milésimas de fino es decir, a cerca de 24 peniques. El colón se parte en cien centavos. Sus submúltiplos se acuñan en plata y los múltiplos en monedas de oro. El problema monetario se resolvió sin mayores dificultades, pues el comercio le fue favorable, y el país estaba en condiciones de adoptar la moneda que hoy tiene. El cambio internacional se ha sostenido con variaciones insignificantes desde el año de 1900, cuando quedó resuelta y asegurada la conversión metálica; y la vida económica se benefició con la normalidad que dio a los negocios la nueva moneda. Desde luego, la importancia de empresas norteamericanas e inglesas establecidas en la nación ha sostenido el dólar y la libra esterlina que, con el colón, equilibran las transacciones y evitan crisis.

Son fáciles las comunicaciones terrestres en Costa Rica. De la capital, San José, hasta el puerto de Limón, sobre una distancia de más de 80 kilómetros, se extiende la línea férrea que pasa por el valle del río Reventazón, poniendo en diario contacto a las numerosas poblaciones de la vertiente del Atlántico. Esta línea pasa por todos los climas del país y es uno de sus trayectos más pintorescos, donde se puede apreciar la vegetación de las diferentes zonas.

Hay otra vía de hierro que, descendiendo por la vertiente pacífica, por el valle del Río Grade, sobre el que se levanta un puente colosal, vence enormes obstáculos y va hasta el puerto de Puntarenas. Costa Rica, pues, como México, Guatemala y Panamá, tiene un ferrocarril interoceánico. Con las ciudades de Alajuela y Heredia, que son importantes centros del comercio y de la agricultura nacionales, tiene también una vía férrea, San José. Además, la línea al Atlántico extiende varios ramales por las plantaciones fruteras, llegando a un total de 300 kilómetros en exportación. Las demás ciudades y pueblos de la nación están unidos por carreteras y caminos que el gobierno central y los provinciales conservan en perfecto estado, aun en la época de lluvias torrenciales. Redes telefónicas y telegráficas cruzan de norte a sur y de este a oeste el país, tan bien atendidas, que casi nunca se interrumpe el servicio con punto alguno. Hay también en Puerto Limón, por ejemplo, estaciones de telégrafo inalámbrico, que prestan continuo e importante servicio a los numerosos barcos que frecuentan aquellas costas. Limón y Puntarenas están a poca distancia de Colón y de Panamá. A Puntarenas arriban vapores de la línea Kosmos, de la compañía inglesa de Chile, y de la Pacific Mail Navegation Company de los Estados Unidos de Norteamérica, y algunas embarcaciones mercantes del Oriente. En Puerto Limón tocan vapores que hacen el servicio regular con New Orleans, New York y Boston, y que llevan bananas a los Estados Unidos del Norte y a Europa, y las líneas hamburguesa-americana, francesa, española, inglesa e italiana.

Costa Rica está casi despoblada, teniendo en cuenta los pobladores que cabrían en su extensión territorial. En la actualidad, apenas si pasa de los 360.000 habitantes de la raza blanca en su totalidad, pues los indígenas siempre fueron escasos y el elemento español ha dado origen al núcleo de la población actual. Así, pues, el costarricense es, etnográficamente, distinto de los otros centros americanos [*sic*][17]. Sus hábitos son sencillos y su carácter pacífico, condiciones que explican su bienestar próspero, Inmigraciones voluntarias llegan al país, y encuentran todos los apoyos y estímulos en su labor. La Constitución

17 Posiblemente el autor quiso decir «centroamericanos». (N. del E.)

ordena tolerancia en cuestiones religiosas pero, como en casi todos los pueblos de América, tiene supremacía la iglesia católica.

La instrucción pública ha sido muy bien dirigida en Costa Rica. Más de la mitad de la población sabe leer y escribir, y posee nociones de cultura general.

El servicio de la cultura popular está tan bien establecido, que Costa Rica siempre ha tenido mucho mayor número de maestros que de soldados. El presupuesto para la cartera correspondiente es, después de los de Fomento y de Hacienda, el que cuenta con mayores recursos. Por tanto, no es raro que este país, en la estadística americana, ocupe el segundo lugar en instrucción pública, después de la República Oriental del Uruguay. Hay una ley nacional que ordena la enseñanza obligatoria y gratuita. Esta ley fue promulgada en 1887, y ha sido la base de las legislaciones al respecto. Los métodos de pedagogía más modernos y aplicables se han adoptado, y el mayor y más eficaz empuje a favor de la cultura popular lo debe el país a aquel apóstol que se llamó D. Mauro Fernández, cuyas nobles labores se perpetúan con su famosa Ley General de Educación Común.

Siendo una carrera el magisterio en Costa Rica, hay un cuerpo de profesores de ambos sexos, y cada ciudad tiene un Liceo de Varones. La capital cuenta con dos colegios de segunda enseñanza: el Liceo de Costa Rica y el Colegio Superior de Señoritas, que por todos conceptos compiten con los planteles de su género, ya norteamericanos o europeos. Y por convenio de los países centroamericanos, en las conferencias de Washington y San José de Costa Rica, de 1906, ha de fundarse el Instituto Pedagógico Centroamericano.

Las organizaciones de Higiene y de Beneficencia no omiten esfuerzos para estar a la altura de las necesidades del país, que cuenta con hospicios, hospitales y lazaretos de primer orden.

No terminaré sin recordar la obra patriótica del expresidente D. Cleto González Víquez, quien ha dedicado su vida de trabajador constante al engrandecimiento de Costa Rica. El señor González Víquez, obediente a la voluntad popular y respetuoso de la ley, entregó la presidencia al doctor Ricardo Jiménez Oreamuno, cuyo

ilustre nombre está vinculado a la historia moderna y a la legislación del país. Este presidente diestro, prudente y lleno de luces, pertenece a lo más florido de la intelectualidad costarricense, que ha contado con brillantes nombres en el pasado, y que en el presente se enorgullece con los de Pío Víquez, Aquileo Echeverría —el más nacional de sus poetas—, el elegante y culto Brenes Mesén, Lisímaco Chavarría, el desventurado Rafael Ángel Troyo y otros. Harto conocidas son las figuras de D. León Fernández, el concienzudo historiador, y su hijo Ricardo Fernández Guardia, lo mismo que el Marqués de Peralta[18], que honra la diplomacia hispanoamericana en Europa, y Ernesto Martín, cuya juventud fecunda es una de las más seguras esperanzas de su patria.

---

18 Se refiere a Manuel María de Peralta Alfaro (1847-1930). (N. del E.)

Este boletín se terminó de imprimir en la Sección
de Impresión del SIEDIN, en junio 2017.

Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica